



Año XXXIV.-Madrid, Jueves 1.º Enero 1914.-Número 1.

SUCURSAL
RIVADAVIA, 1.111
BUENOS AIRES

EL CASO DEL CORONEL LABRADOR

Escribo con la ley de Jurisdicciones á la vista, y con la jurisprudencia sentada para aplicarla. Procuraré, pues, no faltar en la ley, ni dejarme cazar de la jurisprudencia, mientras no estén en la cárcel todos los diputados y jefes á quienes el pueblo liberal ha encargado combatir la ley, ó mientras no declaren vergonzosa la investidura que llevan en tanto que tales leyes subsistan sostenidas por ellos con el apoyo que prestan al Estado asistiendo á las sesiones de las Cámaras y jugando á oposiciones y protestas, como los gobernantes juegan á leyes y sentencias.

Y esto advertido, léase en lo que digo lo que callo, y establezcan los tribunales si quieren una ley y una jurisprudencia para penar lo que se calla; que no serían peores que las adoptadas para castigar lo que se dice.

No voy á meterme, no, en la ley de Jurisdicciones ni si quiera en si rige en España una *Constitución*; ni en si son tramposos los artículos que garantizan la libertad de creencias, y el derecho de elegir profesión, para que el que caiga en el artículo de elegir una determinada, se vea condenado por negarse á manifestar ciertas creencias.

Allá los diputados liberales y allá los empleados de la Constitución del Estado.

Por otro lado voy á enfilarla; por el de la defensa de la Iglesia católica, apostólica, romana, madre de la Nación católica, y esposa ó socia ó concordada del Estado.

Si, lector querido. Teniendo sangre de español, vas á enojarte de ver á tu madre natural, si eres católico, ó á tu madrestra, si no lo eres, ofendida y lastimada en sus sagrados cánones por este caos jurídico de España, que dice:

La Religión del Estado es la católica.

El concilio de Trento es ley del Reino.

A la vez que la Iglesia dice:

Los Prelados celarán el cumplimiento de los cánones y el honor de la Iglesia.

Y esto sentado, fíjate, lector, en lo que sigue, que viene bueno.

Dicen los cánones:

Hay tres clases de sacrilegio: de personas, de lugares, ó de actos sagrados, según que sea violado el acto sacramental, el local, ó las personas consagradas.

La misa es el acto supremo del culto católico. No puede celebrarse á presencia de ninguno que no sea cristiano ó que esté excomulgado.

La razón teológica de este sacrilegio, está en que, para el incrédulo, cada ceremonia es una ritualidad, cada signo sagrado un signo brujesco, y cada pensamiento suyo una blasfemia, un desprecio y un insulto.

Tan terminantes son los cánones de la Iglesia en esta prohibición, que prohíben comenzar la misa, mientras esté en el templo el infiel; y si acaso penetrase durante el misterio, ó durante la misa se descubriese su presencia, inmediatamente debe suspenderse el oficio, bajo pena de hacerse el sacerdote (y el pueblo todo) cómplice del sacrilegio, y por el mismo hecho, que la soportado á excomunicación; y si persiste, se hace irregular; y si no respecta la irregularidad, se hace clámítico y apóstata; y con él todos los que le sigan, sean quienes fueren, á tenor de las bulas pontificias y de los concilios, á saber: sean cardenales ó príncipes, obispos ó soberanos, priores ó abades.

¿No es cierto esto, señor, obispo de Madrid?

¿No es cierto, señor Vicario general castrense?

¿No es cierto, señor Nuncio del Papa?

¿No es cierto, señor doctoral del cabildo?

¿No es cierto, señor provisor?

¿No es cierto, señores capellanes castrenses?

¿No es cierto, señores jesuitas?

¿No es cierto, señores del *Siglo Futuro* y del *Correo Español*?

¿No es cierto, señor Ministro de Gracia y Justicia, jefe nato civil del Estado católico?

Y si esto es cierto, no lo es menos que todos vosotros cobráis del Pueblo católico español, por haberle jurado defender la ortodoxia de la Iglesia y el honor de sus cánones; y esa *Defensa Social* recibe subvenciones para auxiliar y suplir las deficiencias que el celo pastoral no acertase á llenar.

Ahí tenéis, pues, la denuncia del caso.

El infiel que intenta asistir á la misa, según los cánones, se hace reo del *crimen canónico* de sacrilegio.

El sacerdote que celebra la misa á sabiendas, á presencia de un infiel, es reo de sacrilegio; y por la Disciplina eclesiástica nacional está obligado, bajo penas severísimas, á requerir al infiel para que salga del templo; y á las autoridades, á que lo saquen de la Iglesia á viva fuerza; y si la autoridad se negase, incurre en responsabilidad civil y canónica, como si el clérigo se niega á requerirles.

Y también incurren en la más grave responsabilidad proporcional á su jerar-

quia, los prelados y autoridades superiores encargadas de castigar las faltas canónicas de unos y de otros.

El caso del coronel Labrador, para el orden militar será lo que sea. Para el orden canónico, es cumplimiento de un precepto eclesiástico, el cual, por su parte, está sancionado por la Constitución.

Invirtamos, si no, los términos. Supongamos que el coronel, siendo hereje notorio y conocido del capellán, se empeña en oír públicamente misa, y al salir al altar, el capellán advierte su presencia, y le ordena salir del local.

Si no sale, incurre en el delito de alteración del culto, y como tal ha de ser procesado.

Mas el sacerdote, que *no puede celebrar*, requiere al superior militar del coronel, en nombre del Concordato, el auxilio necesario para arrojarlo del local.

Si el jefe se niega á ello, incurre en responsabilidad de denegación de socorro por la parte civil, y de fautor de herejes por la parte canónica.

Esto es, en puridad, el hecho católico; el coronel, que en uso del derecho á elegir profesión profesó la milicia, y en uso del derecho de religión, no es católico, y con sumisión al código penal y á los cánones de la Iglesia no quiere alterar el culto, ni violar la misa, por este *hecho católico especial* es condenado por los tribunales.

¿Qué hacéis, jesuitas, obispos y nuncios?

La jurisprudencia que este caso abre es la siguiente:

Los herejes, impíos, judíos, moros y excomulgados de todas layas, podrán en adelante *asistir á los sacramentos de la Iglesia*, y serán obligados á asistir á ellos cuando fuesen militares.

¿Son estos los cánones?

Ea, señor obispo de Madrid, académico de la de Ciencias morales y políticas: ¿qué piensa hacer S. E. en este caso?

Si no toma cartas en el asunto en defensa de los cánones, las tomará EL MOTÍN, citando los cánones traspasados y las penas contra los Prelados morosos en defenderlos.

Ea, jesuitas: ahí tenéis el JESUS en peligro: el «Jesús de la Hostia», que decís ser el auténtico. Se trata del honor de *Jesús sacramentado*...

¿Vais á consentir que se le forme un cortejo de excomulgados y de impíos? ¿Es que os proponéis llegar al caso de llenar con incrédulos y por la fuerza de las bayonetas, las iglesias abandonadas por vuestros devotos?

En tal caso, decidlo claro. No venís á

consagrar, sino á sacrilegar. Porque á las misas ante excomulgados, vuestros cánones las llaman profanaciones».

S. PEY ORDEIX

La acción social del clericalismo en España y... en otras partes

¿El catolicismo español? ¡Ah! ¡Cuán poco resta de su actuación como valor puramente religioso! Las religiones pueden actuar sobre un país como valor espiritual, como valor político y como valor social. Estoy profundamente convencido que la acción del catolicismo en España, como fe, como creencia individual, como una caracterización del espíritu, es nula. España no es pueblo religioso, ni tiene conciencia y conocimiento de la fe que dice profesar. De manera que el valor espiritual del catolicismo es aquí cosa muerta.

En cuanto al valor político, tampoco creo que estemos sometidos á ninguna tiranía eclesiástica. Todo el famoso clericalismo de la política española es mera consecuencia del catolicismo social. Comparemos la acción del clericalismo español sobre la soberanía civil con la del militarismo, y verá la diferencia. Aquí las leyes en favor de la Iglesia son impopulares y quedan incumplidas en su forma aguda y estricta. La libertad de imprenta, en cuanto á religión, es casi absoluta. El clericalismo político pertenece á un tiempo que pasó definitivamente.

¿Cuál es, entonces, la acción funesta del catolicismo en España? ¿Por qué lo creemos, con justicia, el más grande enemigo de nuestra reconstitución, de la prosperidad nacional? Simplemente porque el catolicismo tiene en España una inmensa acción social. Si los gobiernos han de ser reflejo de la voluntad de un país, y esta voluntad ha de medirse por las manifestaciones externas, el gobierno habría de ser más clerical de lo que es.

Tengamos la nobleza de decirlo: «Hay una gran cobardía cívica». El catolicismo exterior es una cosa de bien parecer, un signo de distinción social, un pasaporte necesario en la vida de relación, un diploma de señorío. Existe cierto «boycottage» de las familias contra la vida del que no acepta las maneras externas de la religión. Hay una prevención atávica, heredada, invencible, fisiológica contra los «excomulgados». La excomunicación constituye hoy una separación de lo que llamamos «sacramentos sociales», como quien niega el agua y la sal á aquellos que no llevan el bautismo en la frente y en la boca, como el marchamo de una mercancía.

Recordad lo que nos cuesta á cada uno de nosotros, después de emancipar la persona, emancipar la familia; después de emancipar de toda fe la conciencia, emancipar también de ella nuestra vida social y la de los nuestros. A la

hora del matrimonio, los famosos batalladores de la libertad se arrodillan ante el cura. Tienen hijos, y les hacen doblar la cabeza bajo el agua bautismal, administrada por el cura. Viene la primera comunión de los niños, y es una fiesta de familia presidida por el cura. Llega la hora de la muerte, la más trascendental, la que crece como último gesto, como último discurso al pueblo, y mueren ungidos por el cura, presididos por el cura.

¿Cómo queréis, pues, que el cura no cante victoria, si sabe que se recurre á él como maestro, como auxiliar, como ministro de Dios, deponiendo á sus pies toda la vida en una humildísima rectificación?

Se hace más por la Iglesia en aquella sola hora, que se ha hecho contra la Iglesia en toda una vida. Amigos míos, es preciso que acabe esta mortal y suprema incoherencia. Hay que poner de acuerdo el pensamiento y la vida interna y la externa, la personal y la familiar, la vida y la muerte, el momento y la eternidad. Hay que exhibir como un honor lo que se considera deshonor por los adversarios, aceptar como una distinción los castigos eclesiásticos, la negación de sepultura católica, la hostilidad de las turbas indoctas, la injuria de la baja prensa, la invectiva estúpida, la insidia y la injusticia del mundo «fiel».

Confieso que á mí mismo me ha costado una lucha dolorosa llegar á la absoluta emancipación social, después de la espiritual; pero ahora me siento en la serena plenitud de la persona libérrima.

No se trata, no, de «comer curas», sino de evitar que ellos nos devoren á nosotros. Seamos un pueblo de dominadores y no un pueblo de siervos.

GABRIEL ALOMAR

Conducta salvadora

Nos interesa el reformismo, y no ciertamente por el caudillo, al que siempre consideramos como un político y un orador más, sino porque en él militan algunos hombres de positivo mérito, de recta intención, de reconocida competencia y de verdadera modestia.

Es más, la conducta de los prohombres de este partido corriendo España y Madrid para mover la opinión, para crear ambiente en reuniones y conferencias, nos parece bien, muy bien, y mejor aún nos parecería si en vez de generalidades se dijese cosas concretas, esto es, se abordasen los problemas de la vida y de la educación, dándoles soluciones casi *gacetales*.

Pero esta actividad para crear una opinión debería tener un complemento, y es acudir á las elecciones generales, cuando las haya, naturalmente, con propósito resuelto de perderlas, es decir, de no sacar vencedor ni un solo candidato.

El partido reformista debería luchar,

pedir el voto á los ciudadanos en todos los distritos, aun en aquellos donde no tuviera ni siquiera un Comité, y luchar como luchaban los socialistas: solos y repudiando con indignación, con heroico é inquebrantable civismo, toda artimaña, toda presión, hasta todo exceso de celo de los partidarios.

«Nosotros aspiramos á gobernar y á reformar radicalmente este país desdichado; mas queremos que sea una masa de opinión, la «Soberanía nacional», quien nos eleve al Poder, no el compadrazgo con los partidos turnantes, ni el apoyo oficial, ni la ficción de votos», deberían decir los reformistas.

«Queremos llegar pisando tierra firme, amparados de una masa que nos mantenga en el Poder, después de habernos llevado á él, y que en él sea la fuerza indestructible é incoercible que nos permita realizar las reformas inscriptas de un modo concreto y categórico en nuestro programa.»

Es seguro—aun hablando así—que en las venideras elecciones muy pocos creerían á los reformistas; los más pensarían que eran como todos. Mas la legión de escépticos ilustrados que no votan «porque todos son iguales», «porque las elecciones son una mentira», al ver derrotado, al ver ufano y noblemente orgulloso de su austera y bellísima derrota al reformismo, en nuevas elecciones comenzarían á hacer cambiar el aspecto de las cosas, y en pocos años el reformismo, ó era el amo del país, ó había realizado *sin el poder* la hermosa tarea de crear un cuerpo electoral, de haber obligado á los partidos á cambiar de conducta, sobre todo á los que turnan en lo que llaman gobierno.

Y sin ser gobierno, aun derrotado, el reformismo gobernaría, como desde 1909 gobiernan en España las fuerzas sindicales, que no votan como tales, incluso porque no son un partido político parlamentario.

No es el retraimiento, es la dignificación política, es la educación del país, es el horror á la mentira, y al vilipendio, y á la falsedad; y D. Melquíades Alvarez, derrotado en Oviedo, y en Gijón y en Alcázar, fuera del Parlamento, en la calle tendría una autoridad y una elocuencia insuperables, sería la fuerza enorme de la verdad y de la razón.

Hoy, en el viejo sistema, cuando habla de «soberanía nacional» no son sólo los «augures» quien sonríen, sino el país entero, porque aun cuando los políticos piensen otra cosa, del rey abajo todos estamos en el secreto.

Aparte de que esta conducta sería la prueba más concluyente de que los reformistas no son un partido gubernamental más, sino la concreción y conjunción de voluntades resueltas é ilustradas que toman la política como un sacerdocio...

A veces, señores, el más ruin puede dar un buen consejo, y éste no es malo

J. J. MORATO

D. Alberto Aguilera

Ha muerto este hombre que fué siempre liberal, bueno, y que ni como gobernador ni como ministro derramó una gota de sangre en los conflictos de orden público que durante su mando ocurrieron.

Como alcalde, deja un nombre impecable por las obras benéficas que Madrid le debe; y como hombre humanitario, el Asilo de Santa Cristina, donde ha sido enterrado. Su entierro fué una gran manifestación de duelo.

Sus hijas pueden enorgullecerse de tal padre y los que lo trataron de tal amigo.

No queda en Madrid otro político de altura, de quien pueda con justicia decirse lo que la prensa ha dicho de D. Alberto Aguilera.

Cosillas

Año decisivo

El año que hoy comienza influirá cual ninguno de los anteriores en la suerte del partido republicano: favorablemente, si se reorganiza en la forma que debe; desastrosamente, si continúa como hasta aquí.

Hasta ahora hemos vivido de la farsa, coreada por los inconscientes de abajo, utilizada por los ambicionzuelos de enmedio, y explotada por los vivos de arriba.

Si acaba el año del mismo modo, el dictado de republicano honrará muy poco a quien lo ostente.

Correligionarios: sacrifiquemos cada uno algo, para que antes de finar el año podamos llevarlo todos con orgullo.

¡Muy bien!

Jóvenes que escribís *Los Miserables* en Barcelona:

Estoy cada vez más encantado de lo que decís, y de cómo lo decís.

Seguid por ahí, y haréis conciencias y despertaréis indignaciones.

Iba á deciros que os conservarais puros, pero sería ofenderos. Por esto sólo os digo: Respetaos siempre.

Si no me contuviera algún tanto el respeto á la propiedad literaria, copiaría cuanto decís; tanto me gusta.

Con esta fecha os envío varios libros en los que he recopilado parte de los artículos hechos á vuela pluma. Veréis que hubiera escrito como vosotros, si hubiera sabido tanto como vosotros. Si algo os agrada en mis libros, reproducidlo si queréis, ya que no dispongo de tiempo para enviaros trabajos originales.

Una sola advertencia quiero haceros. No tocad puntos en que forzosamente tenga que intervenir el fiscal. Por lo menos, no tocadlos á sabiendas. Sería una lástima que muriese un periódico como el vuestro, habiendo tantas cosas importantes que decir al infeliz Juan Lanás, á quien se está engañando villa-

namente; cosas que vosotros sabéis decir como nadie.

Claro que, si su salvación lo exigiere, no digo un periódico, el reposo, la libertad, la vida debe sacrificar todo hombre que no labore para sí. Mas fuera de ese caso, hay que herir hondo, muy hondo, sin presentar mucho blanco.

Y no tengo más que deciros.

¡Ah! sí. Que he visto en el número último (el 5.º) estos renglones:

«Los gozquejos ladran á los mastines.

Los mastines estiman demasiado la dignidad de sus dientes para ensuciárselos en la carne de esa mísera canalla.»

Y que esto me ha agradado. Sí; no os pareis á tirar piedras á los perros que salgan á ladraros al camino. Tardaríais más en llegar.

Un apretón de manos á todos.

Lo mismo

Llega hoy lunes á mis manos el número de *Ideal* (Zaragoza), cuando no tengo tiempo de ocuparme del discurso que Vicente Sarria, su fundador y director, ha pronunciado en la inauguración del «Ateneo Costista.» En el próximo número lo haré.

Hasta tanto lo felicito calurosamente por la sinceridad y la valentía con que se ha expresado.

Por fin han llegado los tiempos, que tantas veces he echado de menos, de satisfacer el hambre furiosa de aplaudir que siempre he tenido.

Si siguen surgiendo jóvenes de este temple, muy pronto voy á verme obligado á tirar mi pluma, por que resultarán ñoños mis escritos.

En la obra dramática en un acto, de Narciso Serra, titulada *El Loco de la guardilla*, hay una escena bellísima: aquella en que Lope de Vega va á visitar á Cervantes moribando, y éste le dice:

«Y cuando empezásteis vos á cantar, yo enmudecí.»

Y he recordado esos versos, al leer lo que escriben estos jóvenes. ¿Qué interés va á tener lo que yo escriba, comparado con lo que escriben ellos? Por esto debería enmudecer yo.

Lo que hay es que *necesito* no enmudecer.

Sin que el decir esto signifique, ni mucho menos, que esté arrepentido de mi imprevisión.

En política hay que ser hormiga ó cigarra; yo he preferido parecerme á aquella de quien dijo Samaniego,

Cantando la cigarra
pasó el verano entero
sin hacer provisiones
allá para el invierno,

y por esta razón *no puedo* enmudecer.

Verdad es que Samaniego incurrió en un error tremendo al decir eso: las cigarras no necesitan aprovisionarse para el invierno, porque todas mueren antes de que llegue.

Caridad fúnebre

Una locomotora mató hace pocos días á dos obreros semaforistas en la estación del Mediodía de esta Villa y Corte. Cada uno cobraba once reales diarios.

Uno de ellos deja, amén de la viuda, unos cuantos huérfanos.

La Compañía, siempre generosa con los que le ganan los millones que reparte entre accionistas y consejeros, ha pagado el entierro de ambos, y dado á sus familias para que compren luto.

Mas no para que se procuren pan.

Así su luto simbolizará dos cosas: la muerte del ser amado y la agonía de sus estómagos.

Celo entiviado

La semana anterior ha resultado flojilla. Unicamente han sido atropellados y perniquebrados cinco ó seis individuos por los automóviles y los tranvías.

Ruego al alcalde que excite el celo de las Compañías para que sigan confeccionando cadáveres, y amenace con una fuerte multa á los dueños de automóviles que no destruyan al mes un transeunte por lo menos.

La España tradicional

Según el censo escolar, hay en Madrid 48.515 niños de seis á catorce años.

De éstos, acuden á las escuelas 16.130; y el resto, —32.385— carecen de ellas.

Por esto sin duda se dedican algunos á que los atropellen los automóviles y los tranvías.

La ociosidad es madre de todos los vicios.

Fruta del tiempo

En la mañana del día 25 fué encontrado en la antigua estación de Cuenca (Valencia) el cadáver de un ciudadano, comprobándose que había muerto de hambre y de frío.

Como murió sin recibir los últimos sacramentos, debe hallarse á esta fecha en los infiernos, donde, por lo menos, se alimentará con plomo derretido, y estará tan calentito en la caldera á que lo hayan destinado.

No hay mal que por bien no venga.

Disfraz impropio

Parece que á un ciudadano de Deusto, llamado Tomás López, le dió la humorada por disfrazarse de mujer y colarse en el convento de Pasionistas, después de terminada la misa del Gallo que en su capilla se celebró.

Al enterarse las monjas de que la mujer aquella, (pues por talla tomaron), había profanado la clausura, armaron la gran escandalera, que se acentuó al enterarse de su sexo verdadero.

Detenido el bromista, fué conducido inmediatamente á la cárcel.

Resuelto á disfrazarse, ese ciudadano debió vestirse de fraile ó cura.

De este modo no habría asustado tanto á las benditas esposas del Señor.

JOSE NAKENS

Uno contra otro

El don Benito Pérez Galdós político, que sin duda se ha propuesto poner en ridículo (sin conseguirlo hasta ahora,) al D. Benito Pérez Galdós literato á quien todos admiramos y respetamos, ha escrito una carta á la Junta del partido reformista en Cáceres, imponiendo la jefatura de su secretario particular, Pablo Nougés, carta en que hay este párrafo:

«Es este asunto diáfano y clarísimo sin que exista en torno de él la más mínima, nebulosa, ni la menor vislumbre de equívoco. Pablo Nougés será desde hoy Jefe indiscutible del reformismo Cacereño»

Y *La Nueva Unión* de Plasencia, después de preguntar quién es el Sr. Galdós para imponer una jefatura que no ha sido proclamada en Asamblea provincial ni sancionada por el voto de la mayoría, dice:

«Hemos guardado silencio desde el cambio de postura del Sr. Galdós de la república á la monarquía, esperando que publicase las causas que á ello le obligaran; y como no lo ha hecho, publicamos á continuación la carta que dirigió á D. Alfredo Vicenti cuando desertó de las filas monárquicas para ingresar en las republicanas»

Y la carta que publica, dice así:

Sr. D. Alfredo Vicenti.

Mi querido amigo:

«Teniendo que ausentarme de Madrid, espero de su buena amistad que me preste su voz y su corazón para expresar á los republicanos de ese distrito lo que mi voz y el corazón mío no pueden hoy manifestarles. Lo primero es que de mi amor entrañable al pueblo de Madrid dan testimonio treinta y cinco años de trato espiritual con este noble vecindario. No necesito decir cuanto me enorgullece ostentar un lazo de parentesco ideal con el estado llano matritense, en quien, desde principios del pasado siglo, se vincularon el sentimiento liberal y la función directiva; lazo de parentesco también con las muchedumbres desvalidas y trabajadoras. La acción de éstas se ha manifestado en la Historia, como acreditan páginas inmortales; se manifiesta siempre en la vida común del pueblo, como atestiguan su tenaz lucha por la existencia y su constancia en el sufrimiento.

Diga usted también que he pasado del recogimiento del taller al libre ambiente de la plaza pública, no por gusto de la ociosidad, sino por todo lo contrario. Abandoné los caminos llanos y me lanzo á la cuesta penosa movido de un sentimiento que en nuestra edad miserable y femenil es considerado como ridícula antigüalla, el patriotismo. Hemos llegado á unos tiempos en que al hablar de los museos ó de los archivos históricos un arma vieja y enmohecida. No es así: ese sentimiento soberano lo encontramos á todas horas en el corazón del pueblo, donde para bien nuestro existe y existirá siempre en toda su pujanza. Despreciamos las vanas modas que quieren mantenernos en una indolencia fatalista; restablezcamos los sublimes conceptos de Fe nacional, Amor patrio y Conciencia pública, y sean nuevamente bandera de los seres viriles frente á los anémicos y encanijados.

Jamás iría yo adonde la política ha venido á ser, no ya un oficio, sino una carrerita de las más cómodas, fáciles y lucrativas, constituyendo una clase, ó más bien un familiar vivaracho y de buen apetito, que nos conduce y pastorea como á un dócil rebaño.

Voy adonde la política es función elemental del ciudadano con austeras obligaciones y ningún provecho, vida de abnegación si más recompensa que los serenos gozos que nos produce el cumplimiento del deber.

A los que me preguntan la razón de haberme acogido al ideal republicano, les doy esta sincera contestación. Tiempo hacía que mis sentimientos monárquicos estaban amortiguados; se extinguieron absolutamente cuando la ley de Asociaciones plantó en pobres términos el capital problema español; cuando vimos claramente que el régimen se obstinaba en fundamentar su existencia en la petrificación teocrática. Después de esto, que implicaba la cesión parcial de la soberanía, no quedaba ya ninguna esperanza. ¡Adiós ensueños de regeneración; adiós anhelos de laicismo y cultura! El término de aquella controversia sobre la ley Dávila fué condenarnos á vivir adormecidos en el regazo fraileño: fué añadir á las innumerables tiranías que padecemos el aterrador caciquismo eclesiástico.

En aquella ocasión crítica sentí el horror al vacío, horror á la asfixia nacional, dentro del viejo castillo en que se nos quiere tapiar y encerrar para siempre, sin respiro ni horizontes. No había más remedio que echarse fuera en busca de aire libre, del derecho moderno, de la absoluta libertad de conciencia, con sus naturales derivaciones, principio vital de los pueblos civilizados. Es ya una vergüenza no ser europeo más que por la Geografía, por la ópera italiana y por el uso desenfadado de los automóviles.

Al abandonar, ávido de aire y luz, el ahogado castillo, veo en toda la extensión del campo circundante las tiendas republicanas. Entro en ellas; soy recibido por sus moradores con simpatía como un combatiente más, y al mostrarles mi gratitud por su fraternal acogimiento, les digo: «Sitíadotes: agrandad vuestras tiendas, que tras de mí han de venir muchos. vendrán conforme se vayan recobrando de la pereza y timidez que entumescen los ánimos. Las deserciones del campo monárquico no tendrán fin; los desaciertos de la oligarquía serán acicate contra la timidez; sus provocaciones, latigazos contra la pereza. Vuestra legión, ya muy ocreída, será tan grande que, para rendir el castillo no necesitará emplear las armas. Triunfará con un arma más fuerte que la fuerza misma, con la lógica formidable, que siempre, en la debida razón, engendra los hechos históricos.»

Para concluir, recomiendo al amigo otra manifestación que deber hace en mi nombre. Ingrese en la falange republicana, reservándome la independencia en todo lo que no sea incompatible con las ideas esenciales de la forma de gobierno que defendemos. Coadyuvaré en la magna obra con toda mi voluntad. Cada cual tiene su forma personal de transmitir las ideas. La forma mía no es la palabra pronunciada, sino la palabra escrita, medio de corta eficacia, sin duda, en estas lidés. Pero como no tengo otras armas, éstas ofrezco y éstas pongo al servicio de la regeneración de nuestro país.

Identificado con mis dignísimos compañeros de candidatura, iré con ellos y con toda la inteligente y entusiasta masa del partido á las batallas que hemos de sostener para levantar á esta Nación sin ventura de la postración en que ha caído. Sin tregua combatiremos la barbarie clerical, hasta desarmarla de sus viejas argucias; no descausaremos hasta desbravar y allanar el terreno en que debe cimentarse la enseñanza luminosa, con base científica, indispensable para la crianza de generaciones fecundas; haremos frente á los desafueros del ya desvergonzado caciquismo, á los desmanes de la arbitrariedad enmascarada de justicia, á las burlas que diariamente se hacen de nuestros derechos y franquicias á costa de tanta sangre arrebatada al absolutismo. Y por fin, acudiremos al socorro de la nacionalidad, si, como parecen anunciar los nubarrones internacionales, se viera en peligro de naufragio total ó parcial, que nada está seguro en estos tiempos turbados, y en los más oscuros y tempestuosos que aso-

man por el horizonte. Salud á todos, y unión y firmeza.»

De usted invariable amigo.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Después de haber escrito esa carta al separarse de la Monarquía, queda el señor Galdós al volver á ella en la situación del marido que sorprendiera á su mujer en flagrante delito de adulterio, lo propalase, la llevara á los tribunales, fuese sentenciada, y al cumplir la condena volviera á unirse á ella.

Lo siento por él. La admiración que le profesa España como literato, le obligaba á respetarse más á sí mismo como político.

La Roma tradicional

¿Cómo mueren los cardenales de la Iglesia?

No han desaparecido todavía los rumores acerca de sí murió natural ó artificialmente el cardenal Vives, cuando viene á la prensa otra misteriosa muerte jesuítica.

Es nada menos que la del que se creía Papa futuro, y que lo sería presente si no hubiese impuesto Austria su veto.

He aquí el telegramita, que no tiene desperdicio:

La muerte del cardenal Rampolla

¿Exhumación del cadáver?

Roma 28

El Mensajero, con ciertas reservas, dice que parece probable se acuerde la exhumación del cadáver de Rampolla, pues se han suscitado algunas dudas respecto á las causas de su muerte repentina y á la desaparición del cofrecito que contenía su testamento.

Añade *El Mensajero* que el confesor que fué de Rampolla puede dar sobre este asunto precisas indicaciones.

París 28

De Roma comunican á varios periódicos una nueva información publicada por *El Mensajero*, según la cual se ha acordado sea exhumado el cadáver del cardenal Rampolla, para que los médicos examinen y analicen algunas vísceras.

Según *La Tribuna*, el Vaticano ha prestado su conformidad á la actuación judicial en el asunto.»

¡Cuánto gozo leyendo estas cosas!

Ellas me quitan años de encima.

¡Alabado el Señor, que me concede estas alegrías, bien merecidas por mi afán de moralizar al clero!

PARIS

«Ceci n'est pas un conte»

Old una historia estupenda, hermanitos... Oldla sin interrumpirme...

**

—Venga usted conmigo, señor cura,

venga usted de prisa..., no hay tiempo que perder...

Y tirándole por la manga, la dama obligó al sacerdote á seguirla sin tardanza. Un coche esperaba á la puerta del templo.

—Suba usted, señor cura...; suba usted...

Una vez sentados uno al lado del otro, en el fondo del rápido «cab», la señora comenzó á dar algunas explicaciones.

—Se trata—dijo—de una persona que se halla muy grave... Casi puede asegurarse que está agonizando... Pero aún tiene tiempo para conversar largamente con usted y prepararse á morir cristianamente... El mismo lo desea con ardor... El le conoce á usted de fama y admira su santa existencia... Por eso es á usted á quien quiere ver...

De pronto, el coche se paró ante una magnífica casa.

—Aquí es—dijo la dama al clérigo—. Llame usted á la puerta, yo esperaré fuera.

El sacerdote llamó, y cuando un lacayo salió á abrirle, díjole á lo que iba.

—En esta casa—contestóle el lacayo haciéndole entrar—vive, en efecto, el señor X... Pero, no sólo no está enfermo, sino que, por el contrario, se prepara á dar grandes fiestas.

—¿Puede usted pasarle mi recado?

—Sí.

Una vez en presencia del dueño de la casa, el cura le explicó lo que le había pasado.

—Es curioso—exclamó el Sr. X...—; es muy curioso... Mi salud es excelente... Pero yo le conozco á usted por sus virtudes, y más de una vez debo de haber hablado con personas de mi intimidad del deseo de conocerle... En el fondo del alma, tengo muchos escrúpulos... ¿Quiere usted que hablemos de ellos, ya que nos encontramos juntos?... En vez de confesar á un moribundo, confesará usted á un hombre fuerte y sano, que tiene la firme convicción de que vivirá mucho tiempo... Lo mismo da ¿no es cierto...?

—Con mucho gusto... Sólo que desearía que la dama que fué á buscarme nos explicase...

—Es cierto... Vamos á ver á esa dama... Ha de ser alguna amiga que ha querido darme una broma...

Juntos salieron á la calle, y no encontraron coche ninguno.

—¿Es extraño!—murmuraron.

Luego el Sr. X... se confesó, y, al despedirse el sacerdote, le hizo prometer que volvería á verle al día siguiente.

¿Cuál no sería la sorpresa del clérigo cuando, al llegar, veinticuatro horas más tarde, á la misma casa, encontráse con que su penitente había muerto durante la noche!

—Véalo usted—le dijo el lacayo, haciéndole entrar en la alcoba, en que yacía tendido.

Allí, un retrato llamó la atención del cura.

—Esa señora—dijo—es la que vino á

buscarme ayer... Me parece que me está hablando...

—¿Esa señora?... Era la esposa del Sr. X... y murió hace quince años... ¡Era una santa!

..

¿Creeis que os he contado una de esas historias que suele inventar, para espanto y regocijo de sus amigos, D. Ramón del Valle Inclán?...

Pues no hay tal.

La historia que dejo narrada la da como un hecho cierto y comprobado el «Matín» de hoy lunes, 22 de Diciembre de 1913.

¡Alabado sea Dios!

E. GÓMEZ CARRILLO

Párrafos sueltos

La causa de nuestro decaimiento nacional era el falso idealismo y el desprecio de las cosas terrenas. El misticismo nos mató en la fuente de la vida, que es el estómago. Desde que el comer se consideró función despreciable, la mala alimentación trajo la degeneración de la raza. El estómago es la base de la pirámide en cuya cúspide está el pensamiento. Sobre esa base liviana no puede elevarse un edificio sólido. Desde el siglo XIII viene haciéndose entre nosotros una propaganda cargantísima contra el comer. La caballería andante primero y el misticismo después han sido la religión del ayuno, el desprecio de los intereses materiales.

La caballería funda la gloria en no tener camisa, y el misticismo dice al hombre: «La mayor riqueza es ser pobre... Desnúdate y yo te vestiré de luz.» En fin, estupideces, y por añadidura, guerra sin cuartel al agua. Lo que entonces se llamaba el *Demonio*, es lo que nosotros llamamos *jabón*.

El orgullo está en vivir á la cuarta pregunta y en pedir limosna. Jamás se ofrecen como ejemplo ni el ingenio, ni el trabajo, sino la miseria, el desateo y la sarna. No hay un santo que no haya ido allí por haber cambiado el oro por los chinches...

Sí, es la verdad. No hallo otra manera de decirlo. Durante siglos los sobresalientes de una raza noble han estado educándola en la suciedad, en la pobreza, en el ayuno. Y claro, ¿cómo ha de haber agricultura, cómo ha de haber industria en el país? En una palabra, comparemos la raza que ha tenido por maestro á Domínguito de Guzmán y á Teresita de Avila, con la que ha seguido á los dos Bacones, Rogerio y el Verulano... Sí, señores, los dos Bacones... ¿Ustedes no saben quiénes son estos caballeros?... Lo explicaré otra noche. En cambio, conocen la vida de San Pedro Regalado y de otros tales que están en el cielo por predicar que no debíamos co-

mer más que tronchos de berza y algún pedazo de suela mojada en vinagre. Así estamos: así hemos venido á ser una raza de médula blanca, sin iniciativa, sin originalidad, sin energía moral, ni intelectual, ni física...

...Claro: con la tan ponderada sobriedad hemos llegado á no poder tenernos de pie. Nuestro imperio era grande; lo hemos ido perdiendo, y nosotros tan frescos... Viviendo en un mundo de fantasmas, perversa hechura de la caballería y de la falsa santidad, hemos visto la extinción de nuestra industria. Por fin, después de haber dormido la mona mística, nos encontramos con que los demás se nos han puesto por delante. Ellos viven bien, nosotros mal.

B. PÉREZ GALDÓS

Deseo humanitario

Le dicen desde Mansilla de las Mulas á *La Democracia* de León, que el día 22 de Diciembre presencié aquella villa un espectáculo que llenó de indignación á todos los vecinos.

En el colegio de Santa Rita que allí tienen establecido las Agustinas, está de alumna interna una joven asturiana llamada Aurelia, llevada allí por sus padres para apartarla de unos amores.

En los dos meses que allí lleva, ha manifestado muchas veces la joven su deseo de volverse con su familia; y viendo que ni sus ruegos ni sus lágrimas daban resultado alguno, negose á tomar alimento; mas como la situación se prolongaba, aprovechó un descuido de las monjas, y el día indicado, rompiendo uno de los cristales de la ventana del piso bajo, salió á la calle sin más ropa que la camisa.

Recogida por unas vecinas, las suplicó llorando que no la volvieran al convento y que la proporcionasen ropa; pero llegaron las monjas y se la enchiqeraron de nuevo.

Y aquella misma tarde la joven intentó poner fin á su vida arrojándose por un balcón.

¡Oh santos asilos donde la paz mora, y cuántos horrores encerráis!

El Dios de cielos y tierra me conceda vivir hasta que vea á todos convertidos en solares.

Y que no tarde mucho en morirme.

Los Viveros jesuitas

Que el jesuitismo utiliza la pedagogía como industria, como antifaz y como medio de propaganda en el espacio y en el tiempo, no sólo no es novedad ni secreto, sino que los propios jesuitas hacen alarde de ello pretendiendo ser autores de un sistema pedagógico particular, y es cosa tan vieja como el propio jesuitismo.

Ahora, lo que resulta de su sistema é industria pedagógicos, es otro punto en que no todos están de acuerdo. Rabelais,

que visitó los primeros colegios montados por San Ignacio, hizo de su moral un retrato que podía copiar *La Burrada Libre*, para enseñar á las gentes del siglo xx que no había como los escritores del siglo xvi para pintar los jesuitas y beatos al desnudo.

Melchor Cano, que era otro pedagogo del tiempo, decía que la habilidad de los jesuitas en sus colegios era hacer gallinas de los hombres, y de las gallinas pollos.

Lo que no dijeron Cano ni Rabelais, es que estos pollos y gallinas jesuitas tienen la rara facultad de contagiar á los demás su manera de ser, llevando sus facultades esterilizadoras á todas partes y propagando el espíritu jesuítico con la facilidad con que se propagan los malos olores impregnando cuantos objetos les rodean.

Pues ahí es donde venia á parar: á señalar el peligro de este sinnúmero de viveros jesuitas que se están levantando con títulos disimulados é hipócritas de congregaciones, escuelas, colegios, institutos, universidades, talleres y demás centros de cultura pollera y gallinácea, organizados por estos pájaros de alto vuelo.

¿Qué entes ha producido aquella famosa universidad de D.usto que había de ser asombro del mundo, sino pollos ó pollitos (ó pollinos) con bonete y gallinas de curia? ¿Qué otra cosa han sacado los infinitos colegios jesuitas de España?

Si algún alumno ha llegado á sobresa- lir, antes de ponerse á la altura de los hombres ha necesitado una tenaz labor de purgarse de los vicios y deshacerse del plumaje jesuita, mediante un noviciado penoso y duro en que ha tenido que ir recobrando el gesto humano con ejercicios violentos y difíciles á los que no estaba ya dispuesto el organismo. Y entonces ocurre á los jesuitas que estos son sus peores enemigos por ser cuña de su madera, y por llevar en su pecho la irritación de los daños que les causaron.

Estos son pocos. De mil uno.

Los demás... gallinas y pollos.

Ahí los tenemos en esa aristocracia de entendimiento monopolizado por la secta, hombres insustanciales, frívolos, inquietos, veleidosos, débiles, sin firmeza de ideas, sin conciencia propia, castrados de la facultad de pensar, de razonar, de discurrir, de juzgar y de obrar, sometidos y dejados en la moral jesuítica, muella, lujuriosa, inactiva y femenil, que se pasan la vida toda en figonear, chismorrear, enredar, estorbar y crear conflictos, sin labor positiva, sin ideal efectivo; cuacos en aprovechar el descuido ajeno para apoderarse de su destinillo ó de su novia ó de sus rentas, máximos en lo mínimo y mínimos en lo máximo, tan cobardes en dar cara al peligro como osados y bravucones en herir por la espalda y detrás del baratero; machos ateminados, y como tales, monstruosos, y de alma invertida, que toman de ambos sexos lo pésimo, sin ninguna de las buenas cualidades; pazguatos y reptiles al verse solos; insolentes y majaderos al creerse resguardados; crueles, san-

guinarios, que no tienen el sentimiento de crear y ponen su gozo en destruir; felinos y zorretes en el monte público; arañas y ratonzuelos en los rincones, covachas y desvanes de la ciudad; pavos en los salones; roña de la patria; detritus y heces de los linajes; jesuitas al fin, que ponen toda su gloria en cazar una novia rica que les mantenga su inutilidad, todo su genio industrial en la usura y toda su política en la intriga.

Ahí tenéis esas *juventudes conservadoras* mauristas, que bravean de dinásticos y están maquinando conflictos á la dinastía, amenazándola con el carlismo, ellos, los niños del orden, los modosicos luises que no rompieron un plato en su vida, los devotos del Koska—que van á confesar al Padre, con lágrimas de contrición, haber mirado de reojo la mujer del vecino, y regalan la browning y la caja de cápsulas al requeté inconsciente y bárbaro.

Ahí tenéis esos niños góticos, descendientes de generales invencibles y de conquistadores geniales, empleando el genio de sus antepasados en combinar *Defensas sociales, Ligas antipornográficas, Patronatos de trata de blancas, Adoraciones nocturnas* y toda una red de araña que un soplo de aire se lleva, ampollas de jabón sin consistencia, tumores que un alfiler revienta...

Ahí los tenéis, bullendo, enredando, cacareando como gallinas y haciendo de España un gallinero, donde el escándalo y la gritería y los vuelos escandalosos acaban de poner en ridículo la seriedad de la nación... y todo por hacer creer que Maura es necesario; Maura, el inspirado por los jesuitas, Maura, con su brazo derecho La Cierva...

Ahí los tenéis; á esos anarquistas con escapulario, á esos nihilistas de hisopo, á esos títeres ensotados y enlevitados, retoños del jesuitismo, recién salidos de los viveros...

Ahí los tenéis, con su bullanga; los dinásticos, comprometedores de la dinastía; los patrioterros, deshonoradores de la patria; los conservadores, nihilistas; los cofrades devotos insolentes; los elegantes procaces; los doctorazos de borla y de burla; los hidalgos de pergamino y de alma maffiesca; los pacíficos requetistas de puñal y trabuco; los melindrosos fabricantes de bombas de dinamita; los *jesuitas de capa corta*, los criados en los Viveros del jesuitismo.

Ahí los tenéis, para un bibelot de capilla.

¿Es precioso el tipo, verdad?

¡ALERTA!

Los míseros agricultores, los explotados obreros de taller, los exprimidos industriales, todos los elementos productores del país, un día indiferentes, tienen desde hace tiempo fija su anhelante mirada, en los grandes hombres de la República como única esperanza de salva-

ción que les resta en medio de las hipocresías y corrupciones de esta época abominable; y á todos les sorprende y anonada, más que por sus propios dolores y fatigas, el quietismo desesperante, esa espantosa inacción en que desfallecen y se descomponen poco á poco los partidos republicanos.

No es el pueblo, no es el país el culpable de ese enervamiento inmoral que todo lo invade, del que se aprovechan los gobiernos impopulares para vivir y enriquecerse á espaldas de una legalidad y de un orden social ficticio, irrisorio.

Ese enervamiento va siendo la enfermedad dominante entre los de arriba, y desde allí se extiende y se propaga entre los de abajo; entre sus admiradores y partidarios.

Mientras el manantial ó el foco de la epidemia exista, no cesarán los efectos del contagio.

Mientras no se cure la cabeza, no se espere el vigor y la salud de los miembros.

En tanto no haya fuerza, audacia y sacrificio en los jefes, no se busque el estallido de semejantes virtudes en los soldados, que viven, se desarrollan y mueren por la disciplina y el ejemplo.

Mientras no sea así, el pueblo tiene el deber ineludible de rebelarse contra los jefes todos, que no cumplen con el deber que ante el pueblo se impusieron ellos mismos.

Ca'ga quien caiga, tiemble quien tiemble, dispongámonos á decir la verdad sin convencionalismos, ni contemplaciones.

El pueblo debe disponerse á librar la batalla definitiva, contra los despilfarradores de la hacienda pública, contra los tiranos que amordazan el pueblo y contra cuantos quieran explotar la conciencia popular.

YREBESQJ

Los Miserables.

Los hombres de orden

Gabriel Maura, hijo de D. Antonio, ha publicado en el *Diario de la Marina* de la Habana un artículo juzgando de este modo cruel á los individuos del actual gobierno:

Dato

«El presidente del Consejo, Sr. Dato, es hombre de trato encantador. Cultiva el mundo de los salones, de la Prensa y de la alta banca. Es abogado notable, orador de más preparación que lucimiento y sociólogo muy distinguido, iniciador de la legislación obrera que con Cierva ha tenido despliegue magnífico de iniciativas afortunadas. Para el ambiente popular, de que es codicioso, le perjudica mucho su participación y dependencia de grandes Empresas nacionales y extranjeras, de muchas de las cuales fué durante años abogado á sueldo ó consejero. Siempre será injusticia olvidar que al Sr. Dato se deben las primeras leyes de protección á las

clases trabajadoras, presentadas por él al Parlamento cuando casi nadie en España tenía, en las esferas oficiales, atisbos de los problemas que el socialismo planteaba en el mundo.»

Echagüe

«Encumbrado hoy al ministerio de la Guerra, los ferreristas de todo linaje, desde los socialistas hasta el último centro del hampa demagógica, han enfilado contra él sus tiros. Para Gobierno nacido con el compromiso de turnar con Romanones y seguir sus procedimientos, es grave tropiezo la intransigencia de gente acostumbrada al motín y á la impunidad.»

Miranda

«La cartera de Marina ha correspondido al vicealmirante D. Augusto Miranda. Es hombre de ideas avanzadas, así en lo político como en lo religioso; marino experto, competentísimo y entusiasta de su profesión. Puso reparo para ser ministro en un Gobierno conservador, terminó por aceptar el cargo y se esperan con curiosidad sus actos.»

Sánchez Guerra

«El único ministro de este Gabinete que formó también parte de aquél que en 1909 se negó unánime á indultar á Ferrer, es «D. José Sánchez Guerra, subsecretario de Ultramar con Maura, gobernador de Madrid con Maura, ministro de la Gobernación con Maura y ministro de Fomento con Maura». En la confusión que siguió á la última crisis, algunos provincianos cándidos invocaban, como prueba del supuesto apoyo de Maura á la situación actual, la presencia de Sánchez Guerra en el departamento más político de todos.

Habieron, no obstante, de rendirse á la evidencia. Don José Sánchez Guerra fué en su juventud periodista y abogado; abandonó luego entrambas profesiones, para no ejercerlas sino circunstancialmente, cuando le puso Gamazo al frente de su periódico *El Español* ó cuando le traspasó Maura la defensa de algún pleito. No se especializó tampoco en ningún otro ramo del saber, y su personalidad política se dibujaba, aparte su identificación con Maura, por su gran habilidad para interpretar los artículos del reglamento de la Cámara. Tiene, además, Sánchez Guerra gran memoria, palabra ágil y fama de viejo y experto parlamentario. No es dudoso que si logra vencer en las próximas elecciones legislativas las dificultades que crea el fraccionamiento de todos los partidos españoles, y las que su impensado cambio de postura no pueden menos de crearle, será elegido presidente del futuro Congreso.»

Vadillo

«El ministro de Gracia y Justicia ha correspondido al marqués de Vadillo, hermano de uno de los más distinguidos ayudantes de S. M. el rey, antiguo y popularísimo catedrático de la Universidad Central, donde su nombramiento de ministro se solemniza siempre—pues ésta es la cuarta ó quinta vez que ocupa la poltrona ministerial—con jubilosidad y simpática algazara. Celoso cumplidor de sus obligaciones académicas, el marqués, sea cual fuere el cargo oficial que ocupe, no falta jamás á su cátedra de Derecho natural. Puntualmente ocupa el estrado, ante multitud de adolescentes, más propensos á celebrar el gracejo del maestro que á beneficiarse de las graves doctrinas que

sus labios expone. Las teorías jurídicas de Hobbes de Bentham, de Kant, de Hegel y de Santo Tomás se salpimentan en labios del docto marqués con donaires, que son acogidos entre francas risotadas. Así es que, ahora, cuando concurre á la Universidad, al día siguiente de jurar el cargo de consejero de la Corona, se organizó espontáneamente una manifestación en su honor.

El marqués recorrió los claustros en medio de vivas estruendosos, y precedido de un estudiante que tocaba en una ocarina la Marcha Real. Fué espectáculo en que lo caricaturesco que iba como esculpido en el espontáneo é ingenuo sentimiento de cordialidad que animaba á los manifestantes. En política representa el marqués de Vadillo el ultramontanismo templado. Es católico fervoroso: el polo opuesto de su colega el ministro de Marina. Su designación para la cartera de Gracia y Justicia ha sido, pues, mal recibida por la Prensa demagógica.»

Ugarte

«Como ministro de Fomento figura el Sr. Ugarte, distinguido general del Cuerpo jurídico militar, ex ministro de la Gobernación con el general Azcárraga, publicista de mérito y fiscal del Tribunal Supremo en tiempo del Gabinete Maura.

En funciones de fiscal pasó á Barcelona, después de la «semana trágica», y fué el primero que denunció al público la intervención de Ferrer como caudillo é instigador de los crímenes y abominaciones de aquellas sangrientas jornadas.

Iba designado para la cartera de Gracia y Justicia; pero iniciada contra él una campaña agresiva de la Prensa radical hubo la fluidez de cambiarle de ministerio en la misma antecámara del rey. Por eso ejerce ahora la cartera de Fomento, sin que la habilidad del cambio le haya servido para contener las iras revolucionarias, sino para iniciar las claudicaciones á que en la dignidad del Poder habrá de llegar el nuevo Gabinete.»

A los demás ministros les suelta también sus arañazos, aunque no tan hondos.

¡Ojalá las ansias del poder Vosotras igualáis á los españoles! Lo mismo las sienten los hombres de la derecha que los de la izquierda que los del centro. Y lo peor de todo es que lo mismo los de un lado que los de otro cabren sus ansias de poder con la máscara del patriotismo.

El cristianismo y la guerra

Párrafos que á propósito de este tema figuran en la última novela de Pío Baroja, titulada *El escuadrón de Brigante*.

«¡Cuántas veces al recordar aquella época he pensado en ese tópico que tanto se repite: la influencia del cristianismo en la dulzura de costumbres y en la civilización!

Los más nos escritores ímpios y racionalistas aseguran que el cristianismo no hace á los hombres más dulces. ¿En dónde? ¿Cuándo?

Si al cabo de diecinueve siglos de predicación apostólica nos seguimos acuchillando unos á otros sin piedad, ¿en qué se conoce la eficacia del cristianismo?

Los que hemos visto tantos hombres con las tripas al aire, con los sesos fuera; los que hemos presenciado casi diariamente el espectáculo de ahorcar, fusilar, acuchillar, abrir en canal, presidiado por gente católica y rezadora; los que hemos conocido á curas de trabajo que sabían enarbolar mejor el puñal que la cruz; los que hemos encontrado las sacristías convertidas en focos de conspiración y los conventos preparados como cuarteles, no podemos menos de reírnos un poco de la eficacia de la religión.

Los eclécticos nos dirán: Es que esos son los malos curas. Yo les contestaría que ni aun los buenos han sabido dar lecciones de humanidad y de bondad.

En cualquier parte se oyen predicadores que nos quieren demostrar que una pequeña manifestación de sensualidad merece el infierno. El hombre que mira á una mujer con amor, que la besa ó la abraza; la mujer que se a torna ó cubre sus mejillas con un poco de blanco ó de rojo para parecer más bonita, comete un pecado horrendo; en cambio, ese cabecilla carlista que se dedica á fusilar, á degollar, á hacer liar pueblos, ese es un bendito que trabaja por la mayor gloria de Dios.

¡Qué estupidez! ¡Qué salvajismo!

Si al menos los sacerdotes de todas las sectas cristianas hubieran tenido la precaución de asegurar que uno de los mandamientos de la ley Dios es *No matarás... en tiempo de paz*, y no *No matarás* sólo, estarían en su terreno bendiciendo espadas, fusiles, banderas y cañones; pero esos libros santos son tan incompletos, que han hecho que los que creen en ellos tengan que dividir el mandamiento *No matarás* en dos secciones: la de la paz y la de guerra.

Cuando se depende del ministerio de la paz, matar es su crimen; en cambio si se depende del Ministerio de la Guerra, matar es una virtud. En el primer caso, matarlo se merece el garrote; en el segundo, el tedium.

Alguno dirá que esto es difícil de entender y absurdo; pero otros absurdos más difíciles de entender hay en nuestra religión, y sin embargo, los creemos.»

CALENDARIO DEL OBRERO

«Está ya en venta el correspondiente á 1914, superior al de años anteriores, puesto que inserta ilustraciones.

Su precio, no obstante las mejoras, continúa siendo de 15 CÉNTIMOS ejemplar.

Pedidos á F. Peña Cruz. Pizarro, 16 imprenta, Madrid.

EL MOTIN



Confección de Padres de la patria en el Ministerio de la Puerta del Sol.

Suscripción "Cruz Roja"

	Pesetas.
Suma anterior	6019'88
Juan Sánchez, (Tobarra).....	0'75
Fructuoso López, (Valencia)..	1'00
Marcelino Arias, (Bergerac)..	3'00
Eduardo Lopez Baden (Coruña).....	8'00
José M. Sanjurjo (Ferrol)....	1'00
Suma y sigue	6033'63

Dios y rey

Los extranjeros que hayan leído estos últimos días los diarios españoles, se habrán quedado atónitos al enterarse de las clamorosas, entusiastas y archisolemnes entradas de los nuevos obispos en sus diócesis.

Músicas y piquetes en la estación batiendo la *Marcha Real*, cohetes, salvas de cañonazos, tropas que forman la carrera, repique de campanas, balcones engalanados, arcos triunfales, lluvia de flores y palomas, banquetes monstruos, serenatas, iluminaciones, discursos y hasta barcos empavesados, como en Canarias. El mastuerzo que recibe todos estos homenajes, que todavía no ha podido digerir las coles y el pan negro de su hogar plebeyo, hace que se conmueve, levanta la manaza de cuando en cuando, trazando en el aire un garabato que quiere ser una bendición, y al verse bajo palio, reverenciado de rodillas por los sacerdotes, fieles, alcaldes, gobernadores y capitanes generales, se hincha de soberbia, se juzga infinitamente superior á todos aquellos serviles aduladores, y se considera como un Dios y un rey á quien de justicia corresponde aquella adoración humillante.

Estos espectáculos, claro está, sólo se dan en España, país muy religioso y archicatólico; por eso se quedó admirado el obispo mejicano que contempló la entrada de Marquina en Canarias «¡Qué dirían en Méjido—decía—si vieran esto! Pues que éramos unos imbéciles.

En nuestro país un obispo se ríe de todo el mundo, desde la monarquía hasta el último civil, porque no hay nadie que tenga agallas para oponerle la más mínima resistencia: todo está á sus pies y todos le rinden homenaje. No es extraño, pues, que se diga que hay quien ofrece cuarenta mil y cincuenta mil duros por conseguir una mitra, chorro de oro continuo, trono y altar de incesantes holocaustos para el cuco señor que la ha conseguido.

El que no haya tratado obispos no puede figurarse al extremo que la soberbia, altanería, despotismo y tiranía de estos venerables sucesores de los apóstoles y representantes del Jesús paria y abandonado. Desde que se levantan hasta que

se acuestan sus labios no se mueven sino para dictar órdenes, para formular caprichos, para satisfacer deseos. Nadie le arguye, nadie le contesta, nadie le pone el más mínimo reparo. Se le cacucha de rodillas, se cumplen sus órdenes con la cabeza baja y sin chistar, y ¡ay del que sea osado á comentarlas ó discutir! El obispo tiene en la mano el pan y la honra de todos sus súbditos, y puede con un gesto labrar su ruina y su miseria, sin que nadie pueda pedirle cuentas, sin forma de causa, ni expediente alguno, nada más que porque así lo ha creído conveniente. Responda el que pueda, si existe alguna autoridad real, civil ó militar en el mundo que esté revestida de tan inmenso poder.

Así procede la humilde, la misericordiosa Iglesia, que nació del cenáculo de unos cuantos desarrapados pescadores, y cuyo fin sólo es la salvación de las almas, mientras esquilma y explota los cuerpos de sus adeptos ricos y pobres. ¿Puede procediendo de este modo captarse nunca el amor y la simpatía del pueblo? No, nunca; verdad es que tampoco lo ha intentado jamás. Durante diecinueve siglos ha ignorado que existían parias y proletarios, á los que sólo supo aconsejar la resignación y la esperanza en el cielo; la cuestión social no la previó, ni vislumbró jamás que pudiera ser un problema fatídico, cuyos resultados no se sabe cuáles serán.

«Siempre habrá pobres entre nosotros» decía Cristo. ¡Vaya! Pues entonces dejémosles que se pudran en su pobreza, ya que extinguir la miseria de la humanidad es imposible. Y no se cuidó más de los desventurados.

Y si ahora, hostigada por las circunstancias, realiza la apariencia de algo en favor de los necesitados, la primera y principal beneficiada es ella, para la cual las pobres son la tapadera, el filón del que saca su oro, convirtiendo la necesidad ajena en fuente perpetua de monedas y grandezas.

De tal madre han salido sus hijos, los obispos endiosados, superiores á los reyes, y que en España se pasan á todo el mundo por la cruz... de los calzones.

No tienen ellos la culpa.

FRAY GERUNDIO

A los protestantes españoles

Por Servet ó por Calvino

Los que sean excepción de la regla general, dénsese por excluidos de las censuras; pero así como no vamos á personalizar al hacerlas, tampoco hemos de personalizar los exceptuados. Y esto dicho, vamos al caso.

Ha llegado la hora al Protestantismo ese llamado español, y llamado también cristiano y evangélico, que ni tiene pelo de evangélico, ni de cristiano, ni de español, ni de protestante; y al cual hay que librar batalla franca, ruda y decisiva,

pues está visto que no se encauza, ni quiere enderezarse, y que pone todo su celo y todos sus celos en merodear por tierras españolas tomando en el extranjero el aspecto de mártir perseguido y de misioaero entre gentiles, y acá vistiéndose de gran señor, de patriarca, de mesías, de mago poseedor de una doctrina secreta y propagador de un elixir de Fierabrás para las conciencias, todo lo cual, al final de cuentas, se reduce al garbanzo eclesiástico.

¿Gusta el programita? Pues... calma, amiguitos, que no se ganó Zamora en una hora, y ya iremos viendo, no sólo todo esto, sino la razón y necesidad de esta campaña, que se ha anunciado muchas veces invitando á los protestantes á cambiar de rumbo y á asenderearse y... ¡como si no!... ¡Ellos hacer caso de los españoles!... ¡Ellos, los sabios enormes, que están en los secretos sublimes de la Biblia escrita en 800 idiomas!... (1) ¡Ellos, los Nuncios apostólicos de las iglesias alemanas, inglesas, irlandesas, americanas y pantaloneras! ¡Ellos atender indicaciones, ni admitir consejos, ni menos reprensiones!... ¡Ellos, que salieron de la Iglesia romana por no someterse á sus juicios, someterse ahora á juicio de los españoles ignorantes de las cosas divinas!... ¿Qué les iban á enseñar los españoles á ellos?

Pues... comencemos por ahí.

Lo primero que vamos á enseñarles es un artículo sabroso y sustancioso publicado en la capital del orbe calvinista, donde el Sr. Calvino de las luengas barbas y de más largas uñas y de más larga ambición, logró verse entronizado y aclamado y hecho un déspota del todo igual á los Jesuitas del Paraguay y á los frailes filipinos.

Procede el articulillo de uno de nuestros periódicos... ¡claro!... porque en todo campo anticlerical—(los protestantes son clericales desde arriba, y sólo anticlericales cuando ellos no son el clero dominante)—en el campo anticlerical sólo puede haber periódicos, escrituruchos, y críticuchos... Ellos, en cambio, son siempre criticazos, escriturazos, sabiazos y periodicazos...

Pues el periódicucho colega aludido es *La Libre Pensée internationale* de Ginebra, y el autor se firma *Phosphile*: todo lo cual no empace que el articulillo sea tan sustancioso como su título: «*Calvin, ¿qué has hecho de tu hermano?*»

Y es artículo interesa á los protestantes españoles, evangélicos, teologales, cristianos y apostólicos, porque se trata de dos apóstoles del protestantismo primitivo: se trata, en fin, de Servet, cuya imagen debieran adorar los protestantes españoles como la más sublime encarnación del espíritu religioso del siglo XVI y como el más humanizador del cristianismo.

Porque... ¡eso!... Servet demostró tener más fe en Cristo y mayor espíritu

(1) En 800 idiomas menos en español puro.

religioso que todos los protestantes juntos: é igual á su fe, era su amor á la ciencia, á la justicia y á la moral, que halló envilecidas y prostituidas por católicos y protestantes, y por esto fué condenado por unos y quemado por los otros: quemado por Calvino en persona, se entiende, que alegó por razón suprema de su acto, el demostrar á los papistas que no les roía los zancajos en celo religioso, y que era capaz de quemar á todo el género humano si llegaba el caso.

Pues bien: ahí están, sobre la mesa de los protestantes españoles, Abel y Caín; Servet y Calvino.

¿Qué van á hacer nuestros evangelizadores? ¿Qué les aconseja su *Evangelio*? ¿qué les dicta su españolismo? ¿qué les impone su moral?

Es inútil que quieran evadir la cuestión. Ellos apelan á todas horas al pueblo liberal español.

Para sus actos y campañas solicitan nuestro concurso y el concurso de nuestras estacas. Pues bien: desde ahora, los liberales españoles invitados á los mítines protestantes, tienen ya la pregunta que han de formular á cada orador y el título que ha de llevar la bandera con que acudan á la asamblea:

«¿Caín: qué has hecho de Abel?»

«¿Calvino, qué hiciste de Servet?»

Protestantes españoles: ¿soltamos á Cristo ó á Barrabás?

Y mientras preparan la respuesta... ahí va el artículo.

Caín ¿qué has hecho de tu hermano?

La conciencia de los teólogos es como el cauchouc: muy elástica. Cuando alguno de sus pontífices ha perpetrado algún crimen abominable, condescienden á reconocerlo, pero mucho tiempo después de haber convertido en santo al culpable, lo cual le absuelve, según ellos, y predispone á otros á imitarle.

Con motivo de las próximas fiestas conmemorativas de la Reforma, los calvinólatras de Ginebra, y de fuera, sienten la necesidad de pasar por colada su ropa sucia en familia antes de presentarse en el tendido público á la vista del mundo. Y sobre todo sienten necesidad y urgencia de blanquear de firme á su ilustre precursor el célebre Calvino, que lleva en la frente el estigma de Caín por haber sido, como él, el matador de su hermano inocente. Mas este blanqueamiento es dificultoso y más de una vez se intentó, sin resultado. A su vez un ciudadano ginebrino, Doctor P. L. Ladame, publica un folleto para disculpar... ¿qué? ¿caso á Calvino el criminal? A Calvino precisamente, no; sino á su víctima, el desgraciado Servet, quemado en el término de Champel donde los cardenales de la Roma protestante han erigido, lejos de las miradas indiscretas, la famosa estatua que debe testimoniar al mundo el tardío arrepentimiento de los teólogos.

¿Mereció Servet este último insulto de

la piedad, él á quien el pensamiento libre, prendado de la justicia humana libre de toda creencia, le colocó en un pedestal de honor bien por encima de esos «verdugos por la gracia de Dios?»

El Sr. Ladame acaba de descubrirnos que Servet no era un ateo, y que por tanto y como consecuencia, se impone su rehabilitación.

Se deja entender que para las gentes de todo género de Iglesias, el ateo es algo así como una bestia carnícera digna del exterminio, mientras que los que creen todavía en un coco, protector de los dominadores del mundo, son hombres dignos de consideración, aun cuando hayan despreciado aquellos otros dogmas que no se atreven á colocar ya sobre los muros de la Reforma. Así que rehabilitarán á Servet, y el acto será grandioso, delicioso, elegante. Un señor Pablo Moriland, otro respetuoso hijo de Calvino, ha grafologado la escritura del Doctor español, y reconoce á la pobre víctima «una gran superioridad de espíritu». ¡H: aquí borrado el crimen!

¿Cómo explicar entonces que teniendo tanto mérito Servet fuera víctima del verdugo? ¡Vaya una cuestión! Calvino fué inocente. El verdadero culpable ¡atención, señores! fué el espíritu del siglo. ¡Qué alivio para los cristianos, y hasta para nosotros que no lo somos! Y gracias á este maravilloso descubrimiento, podemos ya admirar, sin recordar el pasado «el sentimiento de nobleza y de elevación que obliga á los protestantes á revisar «el proceso del martir español.» (sic) «Una religión asaz amante de la «verdad y de la justicia y que tenga la fortaleza de reconocer y declarar las torpezas de su pasado, es una religión decidida.» No somos nosotros los que lo decimos, sino D. P. L. Ladame. ¡Descubrámonos pues! Y no dudéis que después de esto los teólogos ginebrinos irán por la estatua de Champel para llevarla ante la puerta de San Pedro (de Ginebra) en muestra de arrepentimiento y expiación.

«¡El espíritu del siglo!» Cuanto más lo pienso más genial y cómodo me parece el recurso. ¡Qué buena herencia y qué hallazgo para los pueblos bálticos que acaban de estrangularse (1). Pillajes, tormentos, crímenes sin nombre; todo ha de ser perdonado al correr el tiempo! Servios, Búlgaros y Turcos seguramente no tienen noción de la moral humana. En sus iglesias no se habla de ella nunca ¿verdad? Saben seguramente por intuición que ser muerto ó violado por el enemigo es el superlativo de la maldad, mientras que matar á sus adversarios y violar sus mujeres é hijas es el colmo del bien. Y ven sus actos acordes con sus principios primitivos. Yo creo que Calvino razonaba así.

No estando dicho en textos sagrados, me veo obligado á creer, para explicarme el espíritu del siglo XVI, que la Biblia de aquellos tiempos debía contener principios distintos á los de hoy y que

(1) El argumento es añejo y muy manoseado para defender á Calvino.

sobre todo no contenía la menor noción de altruismo. Así, se leería: «Detestarás á tu prójimo como á la peste!» «Devolverás mal por bien.» «Si no estás de acuerdo con tu hermano córtale la cabeza ó quémale á fuego lento etc. etc.» Cristo al morir diría: «Padre, véngame; hazles perecer en el suplicio porque saben muy bien lo que hacen». Todos los principios de caridad, de amor, de compasión, de perdón, reivindicados por el cristianismo actual, fueron sin duda inventados después de Calvino, por astutos cristianos, alumnos de Maquiavelo, que los metieron en la Biblia para hacerlos tragar á las pobres gentes víctimas de los grandes señores de mitra y de espada, precursores de nuestros actuales filibusteros.

Basta de burlas ¿no?—Esta pretendida rehabilitación no es más que un juego de espejuelos. Ogaño como antaño, los jefes de Iglesia son los organizadores de la hipocresía del Estado, y los enemigos jurados de toda emancipación intelectual, por ser ésta la que conduce á la emancipación material y á la protesta contra los abusos que exprimen en su provecho.

Ogaño como antaño, los teologastros acusan de inmoralidad social á los que demuestran que la Iglesia, bajo una vaga máscara de beneficencia, sigue siendo todavía un instrumento de esclavización en provecho de una clase y en perjuicio de otras, en pro de los poderosos y contra los débiles, instrumento tanto más peligroso y execrable, cuanto que cubre con el prestigio divino las grandes iniquidades y las injusticias con que está armado el actual orden social.

Cierto es que ya la Iglesia no extermina á sus adversarios con el fuego ó con la espada (1); pero no es menos cierto que su cacareada tolerancia no es más que una confesión implícita de su impotencia. Su espíritu de violencia subsiste tan encendido como nunca; mas ¡ay! el racionalismo ha logrado cortar las uñas y limar los dientes de nuestros gatos vestidos de Cristos. Si estos señores creen hallar en ello un indicio de superioridad, de vitalidad y de nobleza, allá ellos. Pero nosotros, que estamos en el secreto de cómo no los neo calvinistas manejan la guillotina sobre quienes les contradicen, no seremos tan necios que admitamos su paz.

«¡Rehabilitar á Servet para blanquear el sepulcro de Calvino!...» Los teólogos se felicitan sin duda de su habilidad (2). Pero nosotros, que vemos clara la urdimbre del tejido, diremos: «¿Todavía nuevas hipocresías por cuenta de Calvino? Una hipocresía más ¿qué le importa!...»

PHOSPHILE

(1) El autor olvida á Ferrer y Clemente García.—(N. del T.)

(2) Va entrando de moda en todas las sectas cristianas. Los católicos canonizan á Juana de Arco; los calvinistas á Servet. ¡Todo para acreditar de justas sus iniquidades presentes y futuras!—(N. del T.)

El Tribunal de Apelación de Orleans ha condenado al cardenal Lucón, arzobispo de Reims, á 500 francos de indemniza-

ción á favor de la Institución de maestros laicos. El clericalismo había conseguido que el sumario fuera dilatándose en procedimientos inútiles, en sentencias injustas, hasta que el Alto Tribunal, temiendo que el defensor de la federación, que es el diputado radical Hesse, llevara el escándalo al Congreso, ha decidido en última instancia lo que era de justicia.

El cardenal Lrçon había publicado una pastoral diciendo horrores de la escuela laica. La federación de maestros, atendiendo á los perjuicios que se le causaban, pidió indemnización, y la condena en estas circunstancias significa que se inaugura con la caída de Barthout un nuevo período republicano.

—]

¿Cuándo en España se decidirá el liberalismo á utilizar los derechos de las leyes contra obispos, oradores y periódicos clericales, que explotan la difamación y calumnia de los liberales?

Ahí tiene la Liga de los Derechos del Hombre ocasión de demostrar que se ha formado por algo.

Fábulas é historietas

Los tres ladrones

Un mujik llevaba al mercado de la ciudad, para venderlos, un macho cabrío y un pollino. Un cencerro pendía del cuello del primero.

Tres ladrones vieron al mujik; uno de ellos dijo:

—Voy á robarle el macho cabrío sin que lo note.

Otro ladrón dijo:

—Después; yo le robaré el asno.

—Tampoco es difícil—dijo el tercer ladrón.—Yo le robaré toda la ropa que lleve puesta.

El primer ladrón se acercó furtivamente al macho cabrío, quitóle su cencerro, que ató á la cola del asno, y se le llevó.

En una vuelta del camino, el mujik notó que le faltaba el macho cabrío. Pásose á buscarle.

Entonces el segundo ladrón salió al encuentro del mujik y preguntóle qué buscaba. El mujik le respondió que le habían robado un macho cabrío.

—Lo he visto—replicó el ladrón.—Hace un momento pasaba por el bosque un hombre que conducía un animal como el que dices: aún puedes alcanzarle.

El mujik corrió en busca de su macho cabrío; el ladrón, encargado de tener cuidado del asno, tardó poco en huir con él.

El mujik volvió y se encontró también sin asno; echándose á llorar marchó sin fijarse hacia dónde.

En el camino, cerca de un estanque, se encontró con otro hombre que también lloraba. Le preguntó qué tenía.

El hombre refirió que le habían encargado llevar á la ciudad un saco lleno de oro, que se había dormido cerca del

estanque, y que, durante su sueño, el saco había caído al agua.

Entonces el mujik le preguntó por qué no se echaba á nado para buscar su oro.

—Me asusta el agua—contestó el hombre.—No sé nadar. Daría con gusto veinte piezas de oro al que me sacara lo caído.

El mujik pareció alegrarse; pensó:

—Dios quiere resarcirme de la pérdida de mis bestias.

Se desnudó y entró en el estanque; no halló nada.

Cuando salió del agua, su ropa había desaparecido.

Aquel hombre, que era el otro ladrón, habíase la robado.

LEON TOLSTOY

LOS MARTIRES

Durante el paseo solitario de una tarde otoñal tibía y morosa, llegué con mi padre á la olvidada ermita. Hay allí un viejo campo santo donde yacen los muertos anónimos, los autopsiados y los ajusticiados, y junto á las tapias carcomidas un túmulo de piedra canta en borrosa inscripción la triste epopeya de un puñado de héroes fusilados. Adolescentes casi, su caudillo no había alcanzado los treinta años que forman la cuesta de la vida.

Fué por la libertad, dice mi padre, y un escalofrío penetra mis huesos y dentro de mí, con música interior, suena la tronante fanfarria de un romance de gesta. Es la misma sonata que sintiera Tirteo visitando la tumba de Temístocles ó de Epaminondas.

Se oye el bramar ingrato de un jumento; una borrica blanca con su pollino pace dulcemente remusgando la jugosa hierba. El ermitaño, percatado de la no acostumbrada visita, se llega entre temeroso y humilde á recoger las bestias, suavemente las conduce á la vecina ermita y abre el pesado portalón; los asnos, siguiendo su aprendido camino, se entran por el atrio de la iglesia.

Mientras mi padre reza, yo avizoro los huesos que las lluvias del equinoccio han puesto al descubierto al arrastrar la tierra; son extractos de energías que fueron, tristes afloramientos del dolor humano. En la tierra lavada asoma una monda calavera con el cráneo entreaabierto por la sutura y la oquedad rellena ¡Oh extraño espectáculo! ¡Hallazgo precioso!... Del hondo de aquel cráneo, por la leve abertura, brota una flor salvaje: espeluznada y roja. Arañando la tierra, brota la sargre de mis dedos para libertar aquel tesoro, y al fin nuevo Hamlet me acerco á mi padre con la extraña calavera entre las manos. Los huesos temporales se hallan taladrados con huella inequívoca del plomo asesino.—Un suicida acaso.—No, no, mi padre,—le contesto.—Un héroe, uno de esos mártires, mira; esa flor salvaje espeluz-

nada y roja es bravío penacho, alron sangriento sobre el guerrero casco.

Me separo con dolor de la extraña reliquia, dulce tiesto florido, que devuelve al seno de la madre tierra, cuidando con mimo la florecilla expeluznada que sigue enhiesta y triunfadora como si cantara: *Ego sum resurrectio et vita.*

Salimos silenciosos del olvidado campo santo; al pasar por la ermita se escucha el rozar de los borricos y en lo alto del ruinoso campanario una lechuza ermitaña comienza su aflautada sempiterna endecha.

Ya el Norte sopla un ramazón de tramontana; bajamos la ingrata cuesta del altozano, y mi padre, cansado, se sienta junto á la piedra milenaria, mudo trofeo de los moros. Allí, con su voz armoniosa, velada de tristeza, me habla de botánica, y al oír el croar de las ranas en el vecino riachuelo, me pregunta su clasificación zoológica.—Orden anfibios, género batracios, familia de las ranas.

Mientras mi padre me endoctrina, con paso doctoral cruzan por la Alameda dos canónigos y yo clasifico.—Orden sacerdotal familia tunicados.—El río dulcemente, y así platicando caminamos á la ciudad, que destaca su mole negruzca, festonada de campanarios, en el incendio del crepúsculo.

SILVIO KOSSTI

¿Pero hay caridad?

Esto pregunta García Bermejo en un artículo publicado en *La Correspondencia de España*, que comienza con este párrafo:

«El cuadro de dolor que puede presentarse todo el que transite á altas horas de la noche por las calles de esta capital, ofrecido por centenares de seres humanos que duermen á la intemperie en estas glaciales noches de invierno, muéveme á hacer la pregunta que encabeza estas líneas.»

Después de reconocer que la caridad existe entre nosotros, pero que está mal organizada, añade:

«Lo que ocurre, desgraciadamente, es que esos repartos de ropas, esas limosnas de Juntas y Sociedades de beneficencia, esos socorros de las Conferencias, no se hacen con la debida escrupulosidad, con absoluta libertad de prejuicios, y van á parar en muchos, pero en muchos casos, á personas que no están verdaderamente necesitadas.»

«En segundo término, es preciso que se socorra al necesitado, fundándose en el forismo. «Haz bien sin mirar á quién». Siendo, por lo tanto, de desear que se destierre ese inhumano sistema de exigir al menesteroso que acredite poseer la misma filiación religiosa y política que el que le socorre. Hay que suprimir el trámite de que toda petición de auxilio lleve el vistobueno del párroco y del alcalde; hay que dar de comer al hambriento, vestir al desnudo y dar posada al que carece de albergue, sin detenerse en detalles de menor cuantía y sin humillarle con inoportunos interrogatorios.»

Si en El MOTIN se leyeran estas opi-

niones tan soberanamente justas, no tendrían tanta importancia como publicadas en *La Correspondencia de España*, periódico ortodoxo.

Hasta los clericales van convenciéndose ya de que la Iglesia es la gran acaparadora, y de que no sirve ni para ejercer la caridad.

No lo entiendo

Ha sido procesado el doctor D. Andrés Salgado por un artículo publicado en *El Socialista Extremeño* que no ha escrito ni podía autorizar, pues no dirigía el periódico cuando se publicó.

El verdadero autor del artículo, José Muñoz, se declara responsable, y sin embargo, se procesa al renombrado doctor, no sólo por ese, sino por otros dos artículos.

Que acuda el Sr. Salgado á la Liga de los Derechos del Hombre, exponiéndole el caso y demandándole su amparo.

Porque esto, como dice bien *El Socialista*, ó es una anomalía, ó una injusticia.

Santiago ¡cierra España! y ¡á ellos!

¡La trapatiesta que se ha armado en Santiago de Compostela, para honra y gloria del sepulcro del santo apóstol patrón de España!...

¡Lástima... lástima que no hubiera sido invitado previamente el dibujante y el fotógrafo de EL MOTIN para sacar una instantánea del hermoso cuadro de aquella misa catedralicia!...

Aplauzo con todo entusiasmo al arzobispo, si es cierto en todas sus partes el soberbio acto de nepotismo que le atribuyen, y que lamentaría que no lo fuese.

Porque la cuenta cabal es esta: Si con tantos escarmientos, injusticias, escándalos, burlas, engaños, crímenes y atrocidades, todavía se sostiene la Iglesia, ¿qué sería de mí si sus Prelados fuesen rectos, serios y venerandos, y sus gentes todas honestas y honradas? ¡Ni con la linterna de Diógenes hallaría yo un hereje que comprase EL MOTIN!

Aunque estoy temiendo que quizás esté en todo lo que antes digo la fuerza de la Iglesia. Cuanto más se habla de deshonestidades, más devotas al confesionario... ¿Serán devotas... de la virtud y de la absolución, ó de lo otro...? Porque también la mafia tiene sus adeptos.

Sea lo que sea, pláceme ver hechos como el de Santiago. Pues me digo: «no estoy solo en la empresa de desacreditar á la Iglesia. Yo la desacredito con mis dichos; los ministros del Señor la desacreditan con sus hechos.» Con lo cual resultamos socios de una misma empresa.

Vengan, pues, colaboradores á esta santa obra, pues muy santa debe ser cuando tan santos varones me ayudan en ella.

Felicito cordialmente al Prelado de Santiago, y espero que en agradecimiento me mande unas cuantas indulgencias

diciéndome de paso para qué sirven; porque confieso avergonzado mi ignorancia: no lo sé.

Y allá va ahora el relato de lo que dice *El Liberal* que en la catedral compostelana ocurrió:

«En la Metropolitana de Santiago se presentaron á opositar la plaza vacante de canónigo doctoral D. Vicente López Vigo, catedrático de Derecho canónico de la Universidad literaria, párroco de término durante treinta y nueve años y aprobado con alta votación en 12 oposiciones á canónjia; el doctoral de Jaca, el doctoral de Mondoñedo, el doctoral de Salamanca, el doctoral de Logroño y 10 aspirantes más, personas casi todas de acreditada suficiencia.

Desde el principio se murmuraba en los Centros eclesiásticos y seculares que el cardenal Martín de Herrera tenía el firme propósito de dar la plaza á un joven de treinta y tres años en cuyas testimoniales no hay más méritos que los contraídos como familiar y sobrino de un vicario capitular de otra diócesis; pero en quien concurre la circunstancia de ser natural de la provincia de Salamanca y paisano por ende del cardenal arzobispo.

El viernes, 19, quedaban todavía por opositar tres ejercitantes de los de más valer, entre ellos el doctoral de Logroño. Pero se supo, ó se dijo, que dos horas antes de empezar los ejercicios, el presbítero Sr. Calvo, paisano del cardenal, había sido llamado por éste y advertido de que ya podía considerarse como suya la doctoralia con sus 7.500 pesetas anuales.

Al día siguiente, sábado, se celebró la misa del Espíritu Santo que debía preceder á la votación, y no bien acabado el Santo Sacrificio, el doctoral de Jaca, hombre de gran virtud y de mayor energía, tomando la palabra y dirigiéndose con fuertes voces al prelado y al público, se expresó del modo siguiente:

«— Señor cardenal, señores canónigos: »Protesto con toda la fuerza de mi alma »y de mis pulmones contra el escarnio »que su eminencia, príncipe de la Iglesia, »ha hecho al Espíritu Santo. El pueblo, »que es la voz de Dios, dice desde antes »de empezar las oposiciones á la plaza, »que la tenéis, eminentísimo señor, concedida al Sr. Calvo, vuestro paisano, y »que habéis exigido á los canónigos sus »votos con amenazas para el caso de que »se retrajesen. Consta asimismo á todos, »é imparcialmente os lo manifestará la »más sana opinión, que no hacéis justicia. Deberíais, pues, no escarnecer ni »ultrajar al Espíritu Santo con una farsa »inícuca, ya que, desde hace quince días »habíais determinado la provisión de la »plaza en una persona á quien entonces »no conocíais mas que de referencia...»

La sensación fué enorme, y el escándalo tal, que apenas si lo sagrado del lugar pudo ahogar los gritos.

La turbación de los votantes, á quienes no se ocultaba el fundamento de la penuncia hecha por el doctoral de Jaca

llegó al extremo de ser necesarias dos votaciones. En una hubo papeletas de más; en otra, de menos.

Por fin, y después de una hora de conferencia entre el arzobispo y los capitulares, resultaron 17 votos para el paisano del Sr. Martín de Herrera; tres para el señor López Vigo; uno para el de doctorado de Mondoñedo, y uno para el de Logroño. El de Jaca, por haber protestado, se quedó sin ninguno.

Su protesta irá al Tribunal de la Rota.

Aparte lo que al principio digo, de que me alegro, mucho de la repetición de estos hechos escandalosos, porque contribuyen á la descatalogación de España, debo declarar que el acto valiente y digno del doctoral de Jaca me ha entusiasmado.

Transigir ante la injusticia, enmudecer ante el atropello y humillarse ante el superior, es hoy lo corriente, igual dentro que fuera de la Iglesia.

Por esto, el que se yergue altivo y protesta indignado contra la farsa y la mentira, jugándose su presente y su porvenir, merece respeto, consideración y aplauso; y yo concedo los míos á ese cura, que merecía ser hombre.

Escrito lo anterior vi en el *Hoy* un telegrama de Jaca, diciendo que la información de *El Liberal* no era cierta, por que el doctoral de aquella catedral no se había ausentado ni un día de la población, y, por lo tanto, no podía haber tomado parte en las oposiciones.

He aguardado á hoy 29 á ver si *El Liberal* rectificaba, y como no lo ha hecho, transmito á mis lectores la versión.

Si rectificase la noticia en esta semana, lo haré también yo en la próxima.

Y si se ratificara, pondré los comentarios que hoy me reservo.

ARTÍCULOS FIAMBRES

La disciplina

Se me aplica la palabra indisciplinado muy á menudo. Confieso que lo soy; mas ¿quién puede en justicia tirarme la primera piedra?

Soy indisciplinado, por no creer que sirva para nada la disciplina que nos ha tenido veintinueve años sometidos sin ningún resultado práctico; disciplina que es abdicación, vasallaje, servidumbre; disciplina que ofende, que enerva, que degrada; disciplina que en el Ejército pone la suerte de la nación en manos de un Pavia, y en el Pueblo los destinos de la República en manos de tres hombres que han dado golpes de Estado contra la democracia; disciplina que nos ha traído á la descomposición; disciplina que todos invocan, que ninguno guarda, y que sólo sirve para satisfacer vanidades y perpetuar errores. Lo que nosotros llamamos disciplina, se llama en Rusia tiranía.

Lo que ocurre conmigo, es que no soy de los que profesan la indisciplina á me-

días, por la misma razón que no se puede ser católico á medias. «Yo creo en la eficacia de la misa, pero no en la confesión». El católico que así habla, no es católico. Para estar dentro de la ortodoxia, hay que creerlo todo, hasta que habló la burra de Balaam, milagro creíble, puesto que también hablan los clericales.

La disciplina se entiende hoy de una manera depresiva para el individuo, y entre los republicanos más que entre los monárquicos. Todo el que no se someta á los jefes más aún que á la doctrina, está perdido. Por esto al sacar la espada para combatirlos, hay que hacer lo que yo he hecho: romper la vaina.

Los jefes republicanos no perdonan: se necesita mucha talla para eso. Por lo tanto, tenga entendido todo aquel que con ellos se meta, que no será perdonado; cuando más será tolerado, si las circunstancias lo aconsejan. Sé á qué atenerme respecto á este punto. Y todavía pudieran transigir en alguna ocasión con el que valientemente los hubiere atacado; nunca con el que no se atrevió á romper de frente. Y esto es muy humano. Podemos estrechar la mano al que nos dió un balazo, no al que tuvo intención de ponérsela en la cara.

No hay que olvidarlo: lo mismo es juzgado en el Ejército el inferior que da una bofetada á un jefe, que el que le descerraja un tiro; lo mismo es anatematizado el periódico que disiente del partido en una cuestión de detalle, que si disiente en un punto de doctrina; más aun aquél que éste. Si Daoiz y Velarde amenazan á sus jefes con indisciplinarse, hubieran sido fusilados sin gloria; faltaron á la disciplina sin anunciárselo, y al morir resultaron héroes.

Pero prescindo de todas esas razones, y voy al hecho.

¿Para qué se nos ha pedido disciplina? ¿Para ir contra el enemigo? No; para pasar silenciosos por todo lo que nuestros directores han hecho ó dejado de hacer. Y francamente, para esto ni fui nunca, ni soy ni seré disciplinado.

1896

La protesta

No sé cómo define el Diccionario esa palabra, ni me importa; para mí sólo tiene esta definición: Progreso.

Admítase la creación bíblica ó la científica, el hombre no merece llamarse tal hasta que se revela contra cuantas injusticias le rodean.

Supongámosle dotado desde su venida al mundo con la resignación que algunos califican de virtud, y digáseme si desnudo, hambriento y desarmado hubiese podido luchar contra la Naturaleza, tan hostil y cruel con su futuro dueño.

La injusticia vino á agravar más tarde los males de la Naturaleza, y le fué preciso apelar al mismo procedimiento para vencer á sus opresores; y en esta nueva lucha, más terrible y despiadada, continúa aún.

Las condiciones de la lucha se han

modificado mucho. Ya no todos los reventores suben al patíbulo ni todos los que protestan son martirizados. La sangre derramada ha hecho fructificar el árbol de la tolerancia á cuya sombra puede el hombre reposar á ratos.

Aislada y colectivamente debe protestar en toda ocasión contra cuanto detenga su marcha; y si la flaqueza se impone á su energía y el egoísmo paraliza su esfuerzo, recuerde el sinnúmero de mártires que se sacrificaron por ideales que ya han dejado de serlo para encarnar en la realidad, é imítelos.

¿Que lo excomulgan? Mejor. Los excomulgados son los únicos hombres que honran á la Humanidad. Ponedlos en un platillo de la balanza y el resto en el otro, y ya veréis como permanecen abajo elevando á los demás; simbólica comparación que da una idea de su misión.

Si; dadme los excomulgados de todas las religiones y de todos los sistemas políticos y sociales, y yo os cederé el rebaño de generaciones que han pactado en el planeta sin dejar huella de sus pasos.

Donde quiera que admiro un progreso moral ó material, allí veo á uno; y lo veo perseguido, atormentado, siendo lo más triste que casi siempre los más favorecidos por él son los que con mayor encarnecimiento le persiguen.

No es posible pensar en ellos sin caer de rodillas y besar la tierra que honraron con su planta, tierra plagada de abrojos para todo el que se aparta del sendero de la ignorancia y la rutina.

¿Qué obra tan colosal la suya y qué obreros tan incansables ellos! Aislados, desconocidos á veces entre sí, trabajan incesantemente en diversos puntos del planeta, pareciendo que un hilo misterioso los pone en comunicación para infundirles las mismas ideas y acrecentar su esperanza, como se acrecienta la del preso cuando sospecha que otro compañero abre en la misma dirección que él la mina favorable á la evasión de ambos.

Triunfen ó sucumban, todos los que protestan merecen respeto. La protesta lleva en sí tal cantidad de abnegación, que el iniciarla solamente llena de gloria á sus autores.

Es tan cómodo seguir el camino trillado, aprovecharse de las injusticias legales, encerrarse en cuatro fórmulas que resuelvan todas las cuestiones en provecho propio, que la protesta es ya en sí misma un acto heroico mayor que los admirados comunmente; pues harto sabe quien la formula que trabaja para los demás, sin la esperanza siquiera de que sus contemporáneos hagan justicia á sus intenciones.

Se necesita tener un alma vaciada en moldes colosales, para sacrificar al triunfo de una idea reputación, bienestar y vida, sabiendo que sólo el porvenir acallará los rabiosos gritos que el interés herido lanza, apoyándose á veces en la calumnias.

A protestar, sin embargo, siempre y en todas las formas. Compréndese que en los antiguos tiempos desmayara el hom-

bre cercado de tantos fatalismos como sobre él pesaban; mas no que lo haga hoy que se ve dueño de tantas fuerzas materiales y de tantas verdades morales. La proximidad del triunfo debe avivar su fe y reanimar su esperanza.

El primer hombre que protestó de la primera injusticia, fué el fundador de la Humanidad; hasta él todos estuvieron confundidos con los seres inferiores.

1878

UN HEROE

Lánguidamente recostada en un sillón inglés, cerca del fuego, la señora Nozel acababa de romper la faja del diario, cuando un grito se escapó de sus labios, el mismo tiempo que sus ojos bellos y juveniles se abrían desmesuradamente, fijándose en un retrato inserto en la primera página del periódico y encima del cual se leían estas palabras: «Jorge Mottay, el héroe de El Amara».

—¡Es él, él!—murmuró temblorosa.

E instintivamente dejó de mirar el retrato para leer el texto:

«Anteayer una columna de 200 hombres practicaba un reconocimiento hacia Sedja, cuando se encontró cercada en El Amara por los rebeldes. El enemigo, diez veces superior en número, nos ocasionó desde luego muchas bajas. Los dos oficiales que mandaban la columna cayeron á las balas africanas, así como el ayudante y un subalterno. El pánico iba á apoderarse de la columna, cuando un sargento, Jorge Mottay, se puso á la cabeza de ella gritando: ¡á la bayoneta!

«Su bravura se comunicó como eléctricamente á los soldados, y los africanos fueron rechazados á la bayoneta y perseguidos hasta unos dos kilómetros del lugar del combate, siendo sus pérdidas de mucha consideración.

«Desgraciadamente el héroe de la jornada hubo de ser transportado al hospital de Orán con dos espantosas heridas, una en el maxilar derecho y otra en el cuello, las dos muy graves, aunque no se desespera de salvar su vida. El general fué á visitarle á su lecho y por orden del ministro de la Guerra le impuso las insignias de la Legión de Honor.

«El sargento Mottay nació en Abril de 1888, pertenece al 8.º cuerpo, y fué criado por la Beneficencia pública.»

La señora Nozel iba á llorar, cuando entró en el salón el amable y digno anciano que enamorado de su madura belleza había pasado una piadosa esponja sobre su pasado harto criticable y tempestuoso.

—¿Un disgusto?... No me lo niegues, tu tienes un disgusto grande—dijo en tono tan inquieto como condescendiente.

No respondió. Su mirada estaba fija en el periódico que agarrotaban sus dedos crispados.

—Vamos—siguió paternalmente el señor Nozel, golpeándole cariñosamente la mejilla—vas á decirme la causa de este disgusto... Es inútil que lo ocultes...

Bruscamente se volvió á él, y en una especie de rabia dolorosa, le arrojó el periódico.

—¡Tomal... ¡Miral... ¡Leel...

—¿Qué? ¿El héroe de El Amara?... Ya hemos hablado de eso en el café... El go-

bierno ha hecho bien dándole la cruz.. Pero...

—¿Entonces no comprendes?...
—¿Y que he de comprender?

—El nombre, el nombre ¿no te dice nada?...
Se interrumpió, y á los dos segundos, brutalmente, dominada por aquella exaltación femenina que rompe todo pudor, como la fiera de las selvas gritó:

—¡Es mi hijo!...
Se engolfó seguidamente en una serie de explicaciones, pero el Sr. Nozel la detuvo. Era de aquella especie de hombres que odian los disgustos y fundamentan en la indulgencia el soberano principio de la paz íntima.

—Detente—dijo—. Tu pasado no me pertenece... Si entregaste ese niño á la Beneficencia, tus razones tendrías... Ten la bondad de no darme explicaciones, y si te parece bien vamos á pensar juntos lo que conviene hacer... por él.
Desarmada por tanta bondad, ella dijo secándose los ojos:

—Si yo le escribiera proponiéndole que viniera á pasar la convalecencia con nosotros...
—Muy bien. No es mala idea. No veo inconveniente; pero me parece que harías bien añadiendo á la invitación unos billetes de banco que atenuasen y endulzasen las fatigas del viaje...

—¿Doscientos francos?... Es una suposición...
—Es muy poco. Eso tendría el aspecto de una limosna.
—¿Quinientos entonces?

—Sí; eso ya es otra cosa... Y ahora, querida, si te parece vamos á comer; después harás lo que quieras.
Comieron, y después, durante largo rato discutieron los términos en que había de redactarse la carta. El Sr. Nozel opinaba que estos términos debían de ser muy mesurados, dejando sólo presentir la verdad. Por el contrario, ella quería decir la verdad sin ambages, dejar libre el grito de su pasión de madre.

—Eso me parece un poco atrevido... algo brutal—dijo él—Estas cosas requieren preparación para que no parezcan inverosímiles... Deja primero que venga; después ya verás el modo de decir la verdad.
La señora Nozel concluyó por encontrar buena esta opinión y escribió la siguiente carta:

«Señor: A mi marido y á mí nos ha conmovido el relato del acto heroico por usted realizado y nos ha causado pena la noticia de haber usted recibido dos heridas graves. ¿Permite que le propongamos que venga á pasar su convalecencia á nuestro lado? Vivimos en una casa cerca de París, sobre una colina que domina el Sens, el aire es delicioso, el panorama magnífico, el jardín muy grande. Encontrará usted todas las comodidades deseables, y, ¿necesito añadir que será usted objeto de mil pequeños cuidados y atenciones?»

«Otórguenos el honor y el placer de aceptar. Uno á esta carta 500 francos. Que no sufra molestia vuestra dignidad; suponed que es vuestra madre quien os los envía, con un beso y con la expresión de su ternura.»

—¡Muy bien! ¡Perfectamente!—asintió el Sr. Nozel—. Ahora no tienes más que dirigir la carta al hospital militar de Orán.

Pasaron quince días. La Sra. Nozel esperaba ansiosa, fabril la llegada del cartero, y al sonar la campanilla de la verja acudía sobresaltada, con una mezcla de

esperanza y de angustia. Despechada, decía:

—¡Será mañana!

Su impaciencia llegaba al paroxísimo. No vivía. Las fibras maternas se habían despartado en ella, y todas las reminiscencias de su juventud vaporosa se desvanecían ante estas palabras: «¡mi hijo!» Al pensar en aquel hijo que en un día de estrechez ó de cansancio entregó á la Beneficencia, experimentaba una especie de orgullo instintivo que á sus ojos atenuaba su falta y paliaba todo lo que su pasado tenía de reprehensible desde el punto de vista moral. Así le ocurría decir á veces confidencialmente al señor Nozel:

—¡Que raros son los actos de heroismo militar... parecidos al suyo!

Al cabo la carta tan deseada y esperada llegó. La señora Nozel estuvo á punto de desmayarse al romper el sobre.

—¡Tomal—dijo á su marido.—Lee tú, que yo no me siento con fuerzas para hacerlo.

Lenta y gravemente el señor Nozel leyó:

«Señora: Agradeciendo de veras la invitación de usted, tengo el sentimiento de no poder aceptarla, y devuelvo los 500 francos que usted se dignó enviarme.

«Independientemente del sentimiento de dignidad personal que se opone á esa aceptación, involuntariamente me ha ocasionado usted hondísima pena con una desdichada alusión que ha sido para mí aun mas cruel que mis sufrimientos físicos. No tengo el menor recuerdo de mi madre, puesto que me entregó desde la cuna á la Beneficencia; mas si llegara á conocerla, aseguro á usted que no tendría para ella ni disculpa, ni piedad, ni perdón. La verdadera, la que mi corazón quiere, aquella, cuyo recuerdo me punza en este momento es una pobre mujer que crió seis hijos sin establecer diferencia entre los suyos y yo. Si curo, será al lado de ella donde espero recobrar la tranquilidad en mi convalecencia y tener alegrías.

«Dignaos, señora, aceptar la expresión de mi gratitud...»

JUAN ROCHON

Menos intransigentes

Dice Pío Diez en *El Progreso* de Barcelona.

«Desde Saint Prieust-la Feuille (Creuse) telegrafían con fecha 10:

«El cura de Saint-Prieust-la-Feuille acaba de ser detenido, acusado de profesar á los alumnos cuya educación se le confiaba un afecto completamente particular.

El digno eclesiástico católico admitía como pensionistas en su presbiterio á cuantos niños se le presentaban. Los educaba en los principios de la Santa Religión Católica, y luego, secretamente, completaba su educación imponiéndoles la severa consigna de callar lo que viesen, sintiesen y oyesen.

Pero... todo en el mundo tiene su fin. Una madre husmeó algo de las prácticas á que se entregaba con los niños el sacerdote y sacó de la pensión presbiterial á su hijo, que confesó un mundo de horrores impúdicos y bestiales.

La madre presentó la correspondiente denuncia, personóse en el colegio la autoridad judicial, comprobó los hechos por las declaraciones de los otros niños, y aunque el aprovechado *maestro cura*, sin duda

para facilitar el trabajo á la autoridad, se había puesto en salvo, la policía dió con él en Limoges y lo sopló bonitamente en la cárcel.

¡Y vayan los padres enviando sus hijos á los colegios en los que hay sotanas! Ya saben á lo que exponen á los pequeñuelos en manos de esos prestadares de un falso é imposible voto de castidad.

Y ándense con ojo esos franceses que se han sentido últimamente algo clericales.

Si dejan que el clerical meta siquiera la punta del zapato, cuando se den cuenta se encontrarán con que tienen dentro el clerical de cuerpo entero.»

No seamos intransigentes, amigo Pío, y dejemos que cada cual siga sus inclinaciones.

Los padres que envían á los colegios clericales sus hijos, saben lo que en ellos ocurre, por experiencia, ó de oídas.

Y cuando los mandan allí, será porque les agrade todo lo que allí aprenden.

Hay gustos raros, es cierto, pero allá cada uno con los suyos.

“Milagros comentados”

POR

José Nakens

PRECIO DOS PESETAS

A los suscriptores directos y á los responsables el 25 por 100 de rebaja.

ALMANAQUE cómico DEL CARLISMO pa a 1914

con sesenta caricaturas

PRECIO: UNA PESETA.

El P. Miguel Mir

y

SAN IGNACIO DE LOYOLA

Estudio histórico-crítico
de S. Pey Ordeix.

Un tomo de 206 páginas,
UNA peseta.

CIENCIA Y RELIGION

Por Malvert

85 grabados.—Precio, 1 peseta.

Mi paso por la Cárcel

(2.ª edición)

Precio: DOS pesetas.

JOSÉ NAKENS

LA RELIGION
AL ALCANCE DE TODOS
Una peseta.

CASTIGOS

por
ROBERTO ROBERT

pañolas, á un impío, á un hombre, en fin, á la moderna, corrompido como todos, menos Tristany, Pio IX, el Sacro Colegio y doña Isabel II.

Hecha esta prevención, copio.

*
**

«Pero debe decirse en loor de los que la compusieron (la obra de D. Alfonso), que frecuentemente procuraron desterrar el bárbaro rigor de algunos suplicios, ó introducir penas menos repugnantes que las usadas hasta entonces. Sensible es que no fueran consiguientes siempre á los principios que algunas veces adoptaban; así la misma ley en que se prohíbe que la pena de muerte se ejecute apedreando, crucificando ó despenando al delincuente, establece que éste pueda ser quemado y arrojado á las bestias para que lo maten; y otra ley manda apedrear al moro que yoguiere con cristiana virgen; así al mismo tiempo que una ley, consultando á sentimientos cristianos y morales, si bien alegando razones absurdas, establece que á ninguno le deban señalar en la cara con hierro caliente, ni cortarle las narices, ni sacarle los ojos, porque la cara del hombre fixo Dios á su semejanza; otra condena al que denostara por segun vez á Dios ó á Santa María á que le señalen con hierro caliente en los bezos (labios) y por la tercera á que le corten la lengua. Luchaban, se conoce, los compiladores de las Partidas, entre su razón, que les marcaba una senda más humana, y la fiera bárbara de la época, que les impulsaba á seguir las ideas sanguinarias que dominaban, y de esta lucha nació su inconsecuencia. No me detendré en hablar de las penas desproporcionadas que se imponen á algunos delitos, ni de las de confiscación y de infamia perpetua á los hijos de los traidores, ni de la crueldad y formas ridículas de la del parricida, ni del ningún esmero en analizar los diferentes grados de criminalidad; materia darán para hacerlo con más detención las anotaciones que se pondrán á las leyes de esta Partida.»

*
**

Así, así habla de la séptima Partida y de aquellos tiempos el insensato cuyo nombre no quiero revelar por caridad cristiana.

Pero dice más; dice aún más, y en su insania llega al extremo de tachar como retraso lo que fué progreso verdadero en materia de dar tormento; oídle, que á continuación de lo copiado añade:

«Si de los delitos y penas pasamos á los procedimientos criminales, desde luego aparece el servicio señalado que hicieron las Partidas dando regularidad á las actuaciones, y á las pruebas una conside-

ración é importancia antes desconocida. Pero en este punto aparecen también los contrastes, porque al paso que se desea que las pruebas para la imposición de la pena capital ó de mutilación sean claras como la luz, y que se establecen otras precauciones para evitar que el castigo que la ley señala al malhechor caiga sobre el inocente, se manchan las páginas de esta Partida con la cruel y bárbara pena del tormento, que si bien no introducida de nuevo, está más extendida que en el Fuero Juzgo, y despojada de diferentes requisitos que la procedían, la dificultaban, y á veces la hacían impracticable.»

*
**

¿Es posible llevar más allá la saña y la calumnia?

Cierto, ciertísimo que en la setena partida, ley 10.ª, título xxv, se dispone que muera apedreado el moro que «yoguiere con la cristiana virgen: cierto; pero si la misma ley dispone que en caso de ser casada esa cristiana pueda su marido quemarla ó soltarla ó hacer della lo que quisiere, sin perjuicio de apedrear al moro hasta matarle, ¿de qué se queja el atrabiliario censor?

¡Apedrear á un moro! ¡Oh que aspavientos!

Vamos á ver: ¿cuánto valía un moro en aquellos tiempos?

Menos de lo que vale hoy una zambomba, si es buena.

Por estropear á un moro á coces ó á puñadas se paga la misma multa en Salamanca que por hacer un clavo de herradura imperfecto.

Dice el Fuero de Salamanca:

«Todo herrero que clavo ficier malo ó que non sea bien cabezudo é con buen astil é de buen ferro, si tal non fuer, peche un maravedí.»

Y dice más adelante:

«Quien ferier moro ó mora con puno ó á cabellos ó á coces, peche un maravedí.»

Véase, pues, cómo estropear un clavo valía tanto como estropear un moro.

*
**

Pero hay más:

Dice el citado Fuero de Salamanca, dado á la luz recientemente por mi amigo y compañero J. Sánchez Ruano:

«Quien (al moro ó mora) lo ferier con qual arma quier peche XI maravedís, é si lo matar, peche á su donno el moro qual le ficier.»

Conque si lesión de puño ó patada hecha á moro se estimaba en un maravedí y herida de arma en once maravedís, ¿cuánto se pagaría por una vida de moro?

¡Si lo viene á decir el mismo Fuero!

Suponiendo que un hombre valiese la cuarta parte de un cristiano (lo cual me parece caro), todo un moro no podía valer más que veinticinco sueldos. ¿Por qué?

Porque el Fuero dice:

«Et quien matar mancebo agieno ó yuguero ó ortelano ó pastor, peche C sueldos á su sennor.»

¡Y por apedrear un objeto que podía valer veinticinco sueldos tanto hablar de barbarie y de ferocidad!...

*
**

Se queja también el melindroso censor, de los tormentos.

¿Más qué era al fin y al cabo el tormento? Una muestra del deseo de agradar á Dios haciendo que brillase la verdad sobre la tierra.

El mismo rey sabio lo dice:

«Tormento es una manera de prueba que fallaron los que fueron amadores de la justicia, para escodriñar é saber la verdad por él de los malos fechos que se facen encubiertamente, é non pueden ser sabidos nin prouados por otra manera. E tiene muy gran pro para cumplir la justicia.»

¿Puede ser más claro?

*
**

Conviene advertir de paso que la verdad, la única verdad importante descubierta en nuestros días es la de la Inmaculada Concepción.

¿Y dónde se ha descubierto?

En Roma, único pueblo que para gloria de Dios aún conserva el tormento.

Pero vamos al caso.

*
**

¿Qué tenía el tormento para que de tal modo se enfurezcan contra él los magistrados alfeñiques de nuestros días?

«Las maneras de tormento son muchas (dice el sabio rey); pero las principales son dos. La vna se face con ferida de açotes. La otra es colgando al ome, que quieren tormentar, de los braços, é cargándole las espaldas é las piernas de lorigas ó de otra cosa pesada.»

*
**

Véase á qué quedaba reducida toda esa gran balumba de tormentos con que se pretende villipendiar á los mejores tiempos: á dos principales, que prueban la sencillez de los medios que entonces se usaban para todo, y á un sinnúmero de tormentillos menores, que muestran la fecunda imaginación de nuestros gloriosos antepasados.

*
**

Y por otra parte, ¿caso el tormento se aplicó nunca á las personas decentes? No, sino á la canalla; de suerte que, dado que aquellas pruebas tuvieran algo de poco grato, no debían temerlas las personas de buena sociedad.

Dice la ley á los jueces «que non deuen meter á tormento á ninguno que sea menor de catorce años, nin á Cautillero, nin á Maestro de las leyes ó de otro saber, nin á ome que fuese Consejero, señaladamente del Rey ó del Comun de alguna Ciudad, ó Villa del Rey, nin á los fijos destos sobredichos, seyendo los fijos de buena fama, nin á muger que

(Continuará)

IMPRESA: LIBERTAD, 31.—MADRID